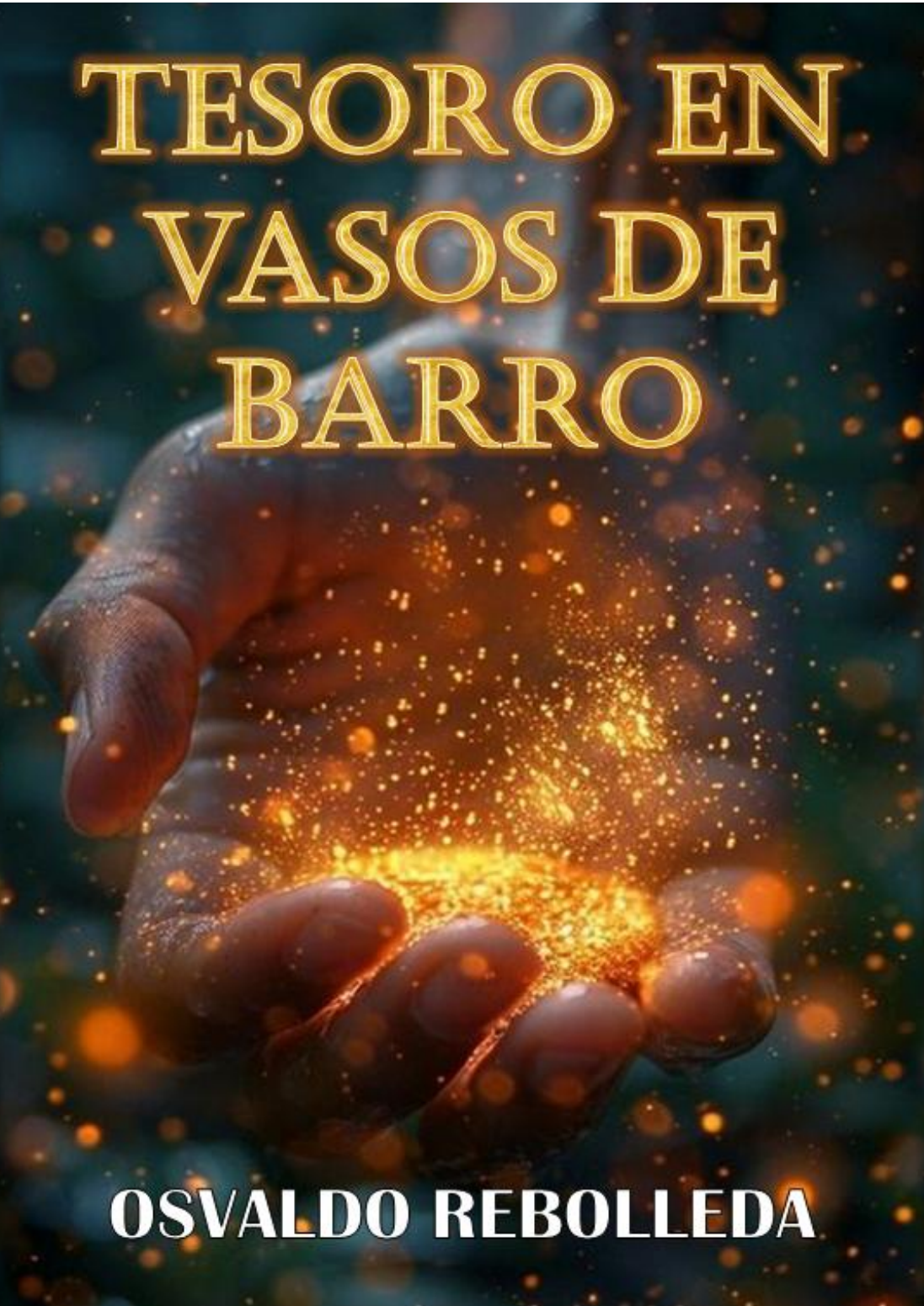


TESORO EN VASOS DE BARRO

A close-up of a human hand, palm up, holding a large quantity of fine, glowing golden particles. The particles are concentrated in the palm and are beginning to rise into the air, creating a dynamic, sparkling effect. The background is dark and out of focus, with some bokeh light spots.

OSVALDO REBOLLEDA

TESORO EN VASOS DE BARRO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La excelencia del poder de Dios.....	10
Capítulo dos:	
Derribados, mas no angustiados.....	20
Capítulo tres:	
En apuros, mas no desesperados.....	33
Capítulo cuatro:	
Perseguidos, más no desamparados.....	42
Capítulo cinco:	
Derribados, pero no destruidos.....	54
Capítulo seis:	
Llevando en el cuerpo la muerte de Jesús.....	67

Capítulo siete:

La vida de Jesús manifestada.....81

Epílogo.....94

Reconocimientos.....103

Sobre el autor.....105



INTRODUCCIÓN

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”

2 Corintios 4:7

En el corazón del mensaje cristiano late una paradoja que desconcierta a la razón humana: el Dios infinito eligió depositar Su gloria en lo frágil, Su eternidad en lo temporal, Su poder en lo débil. El apóstol Pablo lo expresó con palabras inolvidables. El contraste es tan grande que pareciera un contrasentido: ¿cómo puede lo más glorioso habitar en lo más débil? ¿Por qué no escogió el Señor vasijas de oro o recipientes de plata? ¿Por qué decidió que Su luz habitara en vasos ordinarios, quebradizos y expuestos a la fragilidad del tiempo?

La respuesta nos lleva al centro del evangelio: Dios se complace en manifestar su poder en la debilidad, para que nadie se gloríe en sí mismo, sino en Él. Lo dijo también a Pablo en un momento de profunda aflicción: ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”*** (2 Corintios 12:9).

El tesoro es Cristo: el evangelio de la gloria, la vida nueva del Espíritu. Los vasos somos nosotros: hombres y mujeres moldeados por las manos del Alfarero, con limitaciones, grietas y cicatrices. Somos como barro, frágiles

y vulnerables, pero elegidos para contener aquello que es incorruptible.

A lo largo de la historia bíblica, Dios ha mostrado que Su gloria resplandece con más fuerza en lo que el mundo desprecia. Escogió a Moisés, tartamudo y temeroso, para enfrentar a Faraón; levantó a Gedeón con apenas trescientos hombres contra un ejército incontable; eligió a David, un pastorcito olvidado, para derrotar a Goliat y gobernar a Israel; y llamó a Jeremías, que se consideraba un niño, para profetizar a las naciones. En todos los casos, el vaso parecía insuficiente, pero el poder de Dios fue más que suficiente.

Hoy vivimos en una sociedad que idolatra la autosuficiencia, la imagen fuerte y el éxito personal. Se nos enseña a ocultar las grietas, a mostrar un rostro siempre firme, a aparentar invulnerabilidad. Sin embargo, el evangelio nos recuerda que lo que el mundo llama debilidad, Dios lo transforma en espacio de manifestación.

“Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Corintios 1:27). Las grietas no son un estorbo, sino un canal para que la luz de Cristo brille. El barro no es motivo de vergüenza, sino escenario de gloria. La fragilidad no es un problema, es una oportunidad para la expresión del Señor.

Por eso, ser vaso de barro no es un defecto, sino una naturaleza diseñada por Dios. Somos llamados a aceptar

nuestra fragilidad, no para resignarnos a la debilidad, sino para aprender a depender de la fuerza de Dios. El tesoro que portamos no es nuestro: pertenece al Señor. Nuestra misión es custodiarlo, vivirlo y anunciarlo, recordando siempre que la excelencia nunca proviene del vaso, sino de la gloria que contiene.

El mismo Pablo, que escribió estas palabras, conoció en carne propia el peso de ser un vaso frágil. En sus cartas confiesa azotes, prisiones, hambres, naufragios, peligros y noches de insomnio (**2 Corintios 11:23 al 28**). Conoció la traición de amigos y el abandono de compañeros de ministerio. Fue rechazado por los judíos, incomprendido por los gentiles y perseguido por las autoridades. Sin embargo, en medio de todo declaró: ***“Atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos”*** (**2 Corintios 4:8 y 9**). Pablo comprendió que, aunque el vaso se quiebre, el tesoro nunca se pierde.

Esta verdad no es solo un recuerdo histórico, sino una realidad actual para cada creyente. Todos, en algún momento, enfrentamos tribulaciones que parecen desgarrarnos por dentro; nos vemos rodeados de problemas que nos acorralan; sentimos el rechazo, la burla o la persecución de quienes no entienden nuestra fe; experimentamos caídas que nos hacen tocar el suelo de la humillación. Y, sin embargo, en medio de todo eso, descubrimos que la mano de Dios nos sostiene, que Su

Espíritu nos consuela, que Su gracia nos levanta. El barro puede quebrarse, pero el tesoro permanece intacto.

El misterio de la vida cristiana es que la muerte y la vida coexisten en nosotros. Pablo lo dijo con claridad: ***“Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Corintios 4:10).*** Morimos al ego, a la autosuficiencia, a la carne, para que la vida del Resucitado se exprese en nosotros. La cruz y la resurrección no son solo eventos pasados, sino realidades presentes. Cada día morimos, y cada día resucitamos. Cada grieta del barro se convierte en testimonio de que Cristo vive en nosotros.

Este libro pretende ser un viaje a través de esa paradoja: la excelencia no es nuestra, sino de Dios. Podemos estar atribulados, pero no vencidos; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero nunca abandonados; derribados, pero jamás destruidos. Y en medio de esas experiencias descubrimos que la muerte a nosotros mismos abre el camino a la vida de Cristo en nosotros, hasta que lleguemos a la plenitud del Nuevo Hombre en la manifestación del Reino.

No se trata solo de una enseñanza académica, sino de un llamado apostólico y espiritual. La exhortación es simple y, a la vez, profunda: no debemos temer ser barro. No debemos evitar ni esconder nuestras grietas producidas por el quebranto, porque por ellas la gloria de Cristo puede resplandecer. No debemos pensar que nuestra fragilidad es

un obstáculo para el plan de Dios; al contrario, es la plataforma perfecta para que Su poder se manifieste. No debemos creer que la tribulación, el apuro, la persecución o la caída son nuestro final. El Tesoro sigue ahí, intacto, brillando con fuerza.

Así como Pablo descubrió que en su debilidad la gracia de Cristo era suficiente, también nosotros estamos invitados a abrazar nuestra fragilidad como un espacio de encuentro con lo eterno. Este libro es, en última instancia, una invitación a mirar la vida desde la perspectiva del Tesoro y no del barro; a vivir conscientes de que, aunque el vaso sea frágil, lo que contiene es eterno; y a recordar que, al final, lo que se verá no será la debilidad del recipiente, sino la gloria de Cristo resplandeciendo en nosotros.

“Por el poder de Dios que obra en nosotros, él puede hacer mucho más de lo que jamás podríamos pedir o imaginar.”

Efesios 3:20 (PDT)



Capítulo uno

LA EXCELENCIA DEL PODER DE DIOS

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros...”

2 Corintios 4:7

El apóstol Pablo, con la fuerza de una revelación que atraviesa los siglos, escribió estos conceptos que analizaremos con profundidad. No hay palabras más precisas para describir la paradoja de la vida cristiana: lo eterno depositado en lo frágil, lo infinito en lo limitado, lo glorioso en lo quebrantable. Esta verdad se convierte en el fundamento de nuestro ministerio y de nuestra existencia en Cristo: no somos nosotros quienes sostenemos el Tesoro, sino que es el Tesoro quien sostiene nuestras vidas.

El “Tesoro” es nada menos que Cristo: su vida a través del evangelio, la luz del conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo (**2 Corintios 4:6**). Es la perla de gran precio, el don inefable, la riqueza espiritual que excede todo valor humano. Por otro lado, los “vasos de

barro” somos nosotros: frágiles, limitados, expuestos a rompernos bajo el peso de las circunstancias. El barro recuerda nuestra condición de criaturas: **“Polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3:19)**. Aun así, Dios ha escogido depositar en esta materia débil Su Espíritu Santo y Su mensaje glorioso.

Primeramente, analicemos lo que implica que nada menos que su Espíritu nos habite. Todos los cristianos sabemos que Dios no habita en templos hechos por manos de hombre o en edificios de ladrillos (**Hechos 17:24**). En vez de eso, nuestro Dios ha escogido vivir en vasijas humanas, esto es, en los corazones y los cuerpos de sus hijos, santificados por la sangre preciosa de Jesucristo. Todos los que hemos recibido la gracia de la regeneración somos morada de Dios en el espíritu.

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

Efesios 2:19 al 22

El Señor está en todas partes; Su presencia llena toda Su creación. En el tercer cielo está su trono celestial. Pero, de acuerdo con Su diseño glorioso, Él ha determinado establecer

Su morada terrenal en Su pueblo. El corazón lavado por la sangre de Cristo es Su morada permanente en la tierra.

Esto es glorioso, y ojalá los cristianos de hoy en día comprendiéramos a cabalidad el Pacto en el que vivimos. Muchas veces admiramos a los grandes personajes bíblicos, tanto por sus proezas como por las experiencias que vivían con Dios. Sin embargo, lo que tenemos nosotros en Cristo es absolutamente superior. Ellos trataron con la unción de manera externa, incluso manifestada en determinados objetos; pero nosotros podemos tener una comunión interior con el Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento vemos la unción manifestada en una vara, en los cabellos, en un manto o sobre la cabeza de algunos profetas, reyes o sacerdotes. Luego, la presencia se manifestaba en el monte, en el tabernáculo, en el templo o desde el mismo cielo, pero nunca habitando personas, tal como ocurre con nosotros.

El motivo de estas diferencias es que la naturaleza pecaminosa, y su evidente manifestación, hacían imposible la cercanía divina. Solo la llegada de Jesucristo trajo a Dios a los hombres, y solo Jesucristo llevó a los hombres a Dios. En Él fue rasgado el velo; en Él se abrió un camino vivo y nuevo. En Él es posible la justificación humana, la santificación, la redención y la comunión sostenida con el Espíritu Santo.

Siempre digo que los personajes del Antiguo Testamento hubiesen dado todo lo que tenían para obtener y disfrutar lo que nosotros tenemos hoy. Ellos escucharon promesas y, en parte, comprendieron lo que se vendría sobre la humanidad; pero solo en parte. Por eso indagaron diligentemente qué tiempo y qué personas vivirían la gracia anunciada, y ciertamente recibieron respuestas.

“A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.”

1 Pedro 1:12

Realmente, recibir la gracia de la salvación a través de la obra de Jesucristo ya es algo exageradamente extraordinario. Y sumarle a eso la gracia de recibir la persona del Espíritu Santo, quien no solo hace Su obra, sino que permanece en nosotros, haciéndonos Su morada, es algo inexplicablemente conmovedor.

La elección de Dios es intencional. No somos el resultado de la casualidad ni de nuestras propias intenciones. Es la gracia maravillosa del Señor, que no solo nos habita en persona, sino que nos otorga también el privilegio de portar Su mensaje de vida, haciéndonos embajadores y herederos del Reino.

Él pudo haber confiado su mensaje a seres angélicos, a portadores incorruptibles de Su luz. Pero escogió lo contrario: hombres y mujeres quebrantables, llenos de limitaciones y con historias marcadas por la debilidad. ¿Por qué? Porque en esa elección resplandece un principio divino: la excelencia del poder es de Dios, no nuestra. La vasija no es lo que importa; lo que verdaderamente cuenta es lo que contiene.

La historia bíblica confirma este patrón. Moisés, con su tartamudez y sus miedos, fue el hombre escogido para enfrentar al imperio más poderoso de su tiempo. De hecho, el Señor no lo llamó en los días de su juventud, sino que esperó que casi cuarenta años de desierto en Madián calaran su vigor y su supuesta capacidad. Esteban recordó que Moisés pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así (**Hechos 7:25**).

La pregunta sería: ¿por qué motivo el Señor no utilizó a Moisés cuando era más joven? Bueno, porque debía quedarnos claro que la excelencia del poder es de Dios y no de ningún ser humano. Esto debe ser un gran ejemplo para nosotros. Dios no depende de nuestras capacidades para hacer Su obra; solo necesita de nuestra entrega y humildad. Todo lo demás es fruto de Su poder y de Su gracia.

Otro ejemplo es Gedeón, un hombre temeroso que, a la hora del llamado, estaba escondiendo trigo en el lagar porque tenía miedo de los madianitas. Sin embargo, fue

levantado como juez para derrotar a un ejército innumerable, no por medio de su fuerza ni de un ejército mayor, sino por medio de unos pocos hombres.

Cuando Gedeón tocó la trompeta, se reunieron con él unos 32.000 hombres; pero en **Jueces 7:3**, Dios le dijo que el pueblo era demasiado grande y que los hombres que tuvieran miedo podían volver a sus casas. Entonces se registra que veintidós mil hombres se fueron, quedando solo diez mil. Más adelante, en **Jueces 7:6**, Dios redujo el ejército a solo trescientos hombres, y con ellos venció a un ejército tan numeroso como las arenas del mar. Todo esto nos deja en claro que la excelencia del poder es de Dios y no de los hombres.

Podríamos citar muchos ejemplos más, porque el Señor siempre se aseguró de dejar en claro que la excelencia de todo poder le pertenece a Él y no a los hombres. Pero, para mencionar un ejemplo del Nuevo Testamento, podríamos hablar de Pedro, quien demostró ser un hombre impulsivo, frágil y temeroso, que en momentos de presión terminó negando al Señor, incluso con maldiciones (**Mateo 26:74**).

Sin embargo, Pedro fue restaurado por la gracia y se transformó en aquel que fortaleció a los demás discípulos, y el primero en levantar la voz con valentía después del Pentecostés. Sin duda, Pedro fue un hombre clave en el desarrollo de la Iglesia y una muestra clara de que la excelencia del poder es de Dios y no de los hombres.

El mismo Pablo personifica esta paradoja. Su ministerio estuvo marcado por la conciencia de su insuficiencia. No se presentó ante los corintios con *“sabiduría humana”* ni con elocuencia persuasiva, sino *“en debilidad, en temor y temblor”* (1 Corintios 2:3). Reconocía que llevaba *“un aguijón en la carne”*, incluso un emisario de satanás solía abofetearlo para mantenerlo en humildad y en dependencia de la gracia.

Ante los ruegos de Pablo, Cristo respondió con palabras que resonarán por la eternidad: *“Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”* (2 Corintios 12:9). Así, la debilidad se convierte en el lugar donde el poder de Dios alcanza su máxima expresión. Creo que este pasaje es clave para comprender la idea y el diseño de Dios.

Esta visión nos invita a mirar nuestra propia vida con otros ojos. Muchas veces vemos nuestras grietas como un obstáculo, nuestras limitaciones como una vergüenza, y nuestras caídas como una descalificación. Sin embargo, en el Reino de Dios, esas grietas se transforman en ventanas por donde el tesoro se manifiesta con mayor claridad.

El quebranto, lejos de ser una debilidad que nos conduzca al fracaso definitivo, es la condición que permite que la luz de Cristo atravesase el barro y alumbre a otros. La humildad, entonces, no es un adorno opcional en la vida cristiana, sino la plataforma indispensable para que el poder divino se revele en nosotros.

Hoy vivimos en una cultura que idolatra la autosuficiencia y desprecia la debilidad. Todo nos empuja a proyectar fortaleza, éxito y control. Pero el evangelio nos recuerda que la grandeza no está en lo que aparentamos, sino en lo que Dios obra en secreto. No es nuestra capacidad la que determina el fruto del ministerio, sino la presencia del Tesoro. El vaso puede ser frágil, pero el contenido es inmutable; el barro puede quebrarse, pero el Tesoro permanece. Y esa es nuestra esperanza.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tenido que redescubrir esta verdad. En los primeros tiempos, cuando era perseguida, despojada de sus bienes y rechazada por la sociedad, el tesoro resplandecía en vasos quebrantados. No eran poderosos ni influyentes: eran esclavos, pobres, mujeres y hombres anónimos que, sin embargo, transformaron el mundo porque llevaban en sí la gloria del evangelio. La sangre de los mártires se convirtió en semilla, y el poder de Dios se manifestó en la debilidad de quienes fueron considerados “vasos inútiles” por el imperio.

La historia de la Reforma nos ofrece otra lección. Martín Lutero, un monje inseguro y atormentado por su conciencia, fue el instrumento que Dios usó para sacudir los cimientos de la cristiandad medieval. No fue su fortaleza, sino su dependencia de la Palabra y de la gracia, lo que abrió un camino nuevo para millones de cristianos. Del mismo modo, hombres y mujeres que nunca buscaron protagonismo, sino ser fieles al tesoro que llevaban dentro, marcaron la historia de la Iglesia.

El mismo principio se aplica hoy. Dios sigue eligiendo vasos frágiles: pastores en aldeas olvidadas, misioneros en tierras hostiles, creyentes sencillos que, con oraciones silenciosas, sostienen la obra del Reino. No es la capacidad humana lo que impacta, sino la presencia del Tesoro. Las congregaciones pequeñas que oran y sirven con amor, aunque carezcan de recursos materiales, revelan más de la excelencia del poder de Dios que las estructuras impresionantes que dependen de Su propia fuerza.

Esta realidad nos confronta personalmente. ¿Qué hacemos con nuestras debilidades? El mundo nos enseña a esconderlas, a disfrazarlas bajo máscaras de autosuficiencia. Pero el evangelio nos invita a presentarlas delante de Dios, a reconocer que somos barro y a confiar en que Él será glorificado en nuestras limitaciones. Cuando aceptamos nuestra fragilidad, dejamos espacio para que Dios obre; cuando admitimos que no podemos, el Espíritu Santo toma el control.

Esto no significa glorificar la debilidad por sí misma, sino reconocerla como el lugar donde Cristo se perfecciona. El vaso no tiene mérito en ser débil, pero su debilidad se convierte en escenario para el poder de Dios. En la práctica, esto nos lleva a vivir con humildad: no buscando nuestro propio crédito, sino dando siempre la gloria al Señor. La obra que realizamos, los frutos que vemos, las almas que se salvan, todo es testimonio de la excelencia de Su poder, no de nuestra capacidad.

La exhortación final es clara: no debemos mirar nuestra vida desde la perspectiva del barro, sino desde la grandeza del Tesoro. El barro se desgasta, se quiebra, se rompe, pero el Tesoro nunca pierde Su valor. Aunque el hombre exterior se vaya desgastando, ***“el interior, no obstante, se renueva de día en día”*** (2 Corintios 4:16). Esa es la paradoja que nos sostiene: débiles en apariencia, pero victoriosos en el Espíritu; quebrantados en la carne, pero llenos de gloria en Cristo.

Por tanto, no desmayemos. Si llevamos este Tesoro, es porque el Dios todopoderoso así lo quiso. Él nos escogió, no por lo que somos, sino para mostrar quién es Él. Nuestra vida, por frágil que parezca, es el lugar donde el poder del cielo se manifiesta. Que cada vez que sintamos el peso de nuestra debilidad, recordemos que no somos nosotros, sino Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Y que al final, cuando el barro se disuelva y seamos revestidos de inmortalidad, el tesoro brillará sin obstáculos por toda la eternidad.

“El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios.”

1 Corintios 1:18



Capítulo dos

ATRIBULADOS, MAS NO ANGUSTIADOS

“Atribulados en todo, mas no angustiados”

2 Corintios 4:8

La vida cristiana no está exenta de presiones, conflictos ni pruebas. Al contrario, el apóstol Pablo, al escribir a los corintios, abrió una ventana hacia la experiencia más humana y, a la vez, más gloriosa de quienes llevamos el Tesoro del evangelio en vasos de barro.

Esta expresión de tribulación sin angustia revela un contraste que solo puede explicarse desde la perspectiva del poder de Dios sosteniendo la debilidad humana. Tribulación y paz, presión y serenidad, son experiencias que coexisten en la vida de todo creyente, porque el Espíritu Santo habita en nuestros corazones y convierte cada herida en testimonio.

El término *“atribulados”* sugiere ser oprimidos, presionados, empujados hasta el límite. De hecho, la palabra utilizada por Pablo fue *“Thlíbo”*, que describe la acción

agrícola de triturar o desgastar el grano. En nuestro idioma, la palabra proviene del latín “*tribulum*”, que designa una herramienta usada para trillar el grano, separando la paja del cereal. Por extensión, surgió el término “tribulación”, que pasó del ámbito agrícola a describir la aflicción, el sufrimiento o la opresión moral y los problemas de la vida.

Las tribulaciones humanas pueden presentarse de diversas formas: problemas familiares, enfermedades, conflictos laborales, dificultades financieras, injusticias sociales, persecución por la fe o incluso luchas internas en la iglesia. Toda situación que produzca quebranto, en mayor o menor medida, puede considerarse parte de una tribulación.

Esto nos permite afirmar que no hay creyente exento de esta realidad, pues Jesús lo advirtió con claridad: “***En el mundo tendréis aflicción***” (Juan 16:33). La tribulación no es un accidente en el camino de la fe, sino parte del itinerario que nos moldea y purifica. Es el crisol donde el vaso de barro revela sus grietas, pero también el lugar donde la gloria del Tesoro se hace más evidente.

Sin embargo, Pablo añade una verdad sorprendente: “***mas no angustiados***”. Aquí radica la diferencia entre la tribulación y la desesperación. La tribulación es presión externa; la angustia, asfixia interna. Uno puede estar rodeado de circunstancias adversas sin permitir que la presión penetre en el alma y robe la paz. El creyente puede llorar, sufrir o cansarse, pero no pierde el rumbo, porque su ancla está en Cristo. La angustia devora por dentro, pero la fe nos recuerda

que ninguna presión externa puede apagar la esperanza sembrada en el corazón por el Espíritu Santo (**Romanos 5:3 al 5**).

Si buscamos las características precisas de la angustia, vemos que es un estado emocional intenso y desagradable, caracterizado por un sentimiento de temor opresivo, malestar e inquietud. Se manifiesta a través de síntomas psíquicos, como la sensación de peligro, descontrol o amenaza inminente, y síntomas físicos, como dificultad para respirar, opresión en el pecho, taquicardia y sudoración. A diferencia de la ansiedad, que puede estar relacionada con una causa específica, la angustia puede tener un origen presente, pero también futuro, incierto o desconocido.

Un claro ejemplo de alguien atribulado fue el patriarca Job, quien encarna de forma luminosa esta tensión. Atribulado por la pérdida de sus bienes, de sus hijos y de su salud, parecía no tener más fuerzas para continuar. Sin embargo, en medio de su lamento pudo declarar: ***“Yo sé que mi Redentor vive” (Job 19:25).***

Sus tribulaciones fueron intensas, pero la angustia no lo destruyó, porque la fe mantuvo encendido un faro de esperanza en la noche más oscura. Es muy habitual relacionar la figura de Job con las aflicciones que podemos llegar a vivir; sin embargo, la verdad es que el Pacto en el que vivimos y la situación específica de Job en aquel tiempo lo alejan bastante de nuestras realidades.

Su prueba fue misteriosa e inexplicable. De hecho, creo que ni el mismo Job pudo encontrarle lógica a todas las aflicciones que sufrió. Pero la Palabra de Dios muestra que la historia terminó de forma satisfactoria, con un trato muy profundo al corazón del patriarca. Definitivamente, si estamos bajo el Pacto de Cristo, ninguna prueba semejante vendrá a nuestra vida. No por la misma causa, porque Jesús es ahora nuestra justicia, y nosotros vivimos en Él, nos movemos en Él y somos en Él (**Hechos 17:28**).

Aclaro esto porque la causa de las pruebas de Job no se halló en la tierra, sino en el cielo. Hoy podemos saber, por las Escrituras, que el conflicto comenzó con un diálogo entre Dios y Satanás. Vemos en **Job 1:6** que Satanás entró en la presencia del Señor, y escuchamos las palabras divinas: *“¿No has considerado a mi siervo Job?”*. Sin embargo, esta ya no es una opción para él.

Satanás fue originalmente uno de los ángeles santos de Dios; sin embargo, se rebeló contra Él y fue expulsado del cielo (**Lucas 10:18**). Esa fue la primera etapa de su sentencia. El reino de Satanás fue derrotado en la cruz (**Juan 12:31 y 32**). Por eso, cuando alguien interpreta que Satanás nos acusa ante el Padre día y noche, está interpretando mal las Escrituras. Nosotros vivimos en Cristo, y para acusarnos debería acusar a Cristo, lo cual es totalmente imposible.

Si observamos bien el contexto del pasaje de Apocalipsis donde Juan menciona esto, veremos que dice: *“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha*

venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Apocalipsis 12:10).

El problema es que la mayoría de las personas, cuando analizan el Apocalipsis, ubican todo en el futuro o como algo que aún debe acontecer. Sin embargo, para interpretarlo correctamente deberíamos preguntarnos: ¿Cuándo vino la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios? ¿Son cosas que sucederán o que ya sucedieron?

Exactamente: todo se produjo con la obra consumada de Cristo, y el acusador ya ha sido lanzado fuera. La Palabra es clara al afirmar que Jesús, en la cruz, despojó a los principados y potestades, triunfando sobre todos ellos (**Colosenses 2:14 y 15**). Luego, en la segunda venida del Señor, Satanás será atado en el abismo por mil años (**Apocalipsis 20:1 al 3**) y, después, será arrojado al lago de fuego por toda la eternidad (**Apocalipsis 20:10**).

Aclarado esto para nuestro tiempo, debo decir que la tribulación sufrida por Job nos sirve como un gran ejemplo, porque él fue absolutamente quebrantado. Y si bien es posible que ninguno de nosotros sufra semejante quebranto, debemos aprender que, si Job pudo superar su prueba, nosotros, en Cristo, con mayor razón podemos superar toda tribulación que debamos enfrentar. Ante cualquier adversidad debemos aprender a confiar, aferrándonos al Señor, porque Él siempre está y es nuestra fortaleza.

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te fortalezco; siempre te ayudaré; siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Isaías 41:10

Si buscamos en el Nuevo Testamento un ejemplo de alguien atribulado en todo, pero no angustiado, además de Jesucristo, encontramos al mismo Pablo, quien escribió este pasaje que, cuando padeció cadenas en la cárcel de Filipos. Estando detenido con Silas, en medio de la noche comenzaron a orar y cantar alabanzas a Dios, lo que provocó un terremoto que abrió las puertas de la cárcel y desató las cadenas de todos los prisioneros (**Hechos 16:25 y 26**).

El carcelero, al ver la puerta abierta, estuvo a punto de suicidarse, pero Pablo lo detuvo. En su lugar, Pablo y Silas le compartieron el Evangelio, y él y su familia se convirtieron y fueron bautizados. A la mañana siguiente, los magistrados, al saber que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos, fueron a la cárcel a disculparse y a ordenar su liberación. Esto dejó en claro que las circunstancias podían encarcelar sus cuerpos, pero no aprisionar el espíritu de los siervos de Dios. La tribulación no se convirtió en angustia, sino en oportunidad de adoración, y eso produjo la liberación.

Realmente no sé cuáles pueden ser las tribulaciones que algunos hermanos estén padeciendo en este tiempo. Tal vez la sensación de tener paz y libertad en esta parte del mundo empañe nuestra percepción correcta, porque hoy mismo en algunos países, hay hermanos que están siendo

perseguidos por causa del evangelio. Sin embargo, debemos estar alertas y pensar con claridad, porque la tribulación que vendrá sobre todo el mundo no nos tendrá como simples espectadores celestiales.

En estos días escuchaba a un pastor comentar el funcionamiento de varias iglesias clandestinas en Irán. Decía que había varios grupos congregándose a escondidas en diferentes hogares. Luego contó que uno de los pastores había desaparecido y nadie sabía nada de él. Tiempo después, el pastor llamó desde una prisión, diciéndole a su esposa que estaba bien, que apenas tenía unos minutos para hablar, pero que no se preocupara por él.

Luego le hizo un pedido que eriza la piel: le dijo que no oraran por su liberación, porque estando en la cárcel se habían convertido algunos guardias y otros compañeros de celda. Es más, le pidió a su esposa que oraran a Dios para que al menos pudiera estar un año en ese lugar, porque había mucha necesidad espiritual.

Tiempo más tarde se enteró de que su condena no sería de un año, sino de quince. Esto fue un golpe inesperado, pero el pastor no permitió que la angustia lo afectara. Por el contrario, llamó nuevamente a su esposa y le dijo que no se pusiera mal, que si el Señor había permitido tal cosa, debían gozarse, porque eso significaba que en ese penal había mucha necesidad y que la cosecha sería muy grande.

No sé lo que les ocurre a ustedes, pero personalmente me siento conmovido y, a la vez, avergonzado. No por vivir y moverme en lugares donde, por el momento, gozamos de libertad espiritual, eso es bueno y debemos aprovecharlo, sino porque, a causa de la idiosincrasia actual, los ministros terminamos muchas veces trabajando sobre situaciones domésticas, insignificantes y triviales que afectan a los hermanos, como si fueran grandes tribulaciones, y estos ejemplos son los que nos permiten tomar consciencia de lo que significa una verdadera tribulación.

La iglesia primitiva también vivió bajo esta dinámica. Atribulados por las persecuciones del Imperio romano, por las injusticias de los gobernantes y por la hostilidad cultural de su tiempo, ellos no se dejaron dominar por la angustia. Sus catacumbas no eran espacios de desesperación, sino de oración y esperanza.

Cada lágrima derramada era recogida como semilla de fe, y la sangre de los mártires se convirtió en semilla de nuevos creyentes. Este testimonio desafía a la iglesia de hoy a vivir con la misma convicción: las tribulaciones son inevitables, pero la angustia no tiene derecho de residencia en el corazón de quienes confiamos en el Señor, comprendiendo las realidades de la vida en el contexto de la verdad eterna.

En la práctica, esto significa aprender a procesar la tribulación desde la fe. Cuando los problemas nos cercan, debemos recordar que no estamos solos, que el Dios de toda

consolación camina a nuestro lado (**2 Corintios 1:3 y 4**). La oración transforma la presión externa en fortaleza interna, y la alabanza en medio de la prueba abre la atmósfera espiritual para que la paz de Dios gobierne sobre nuestros pensamientos.

Esta enseñanza debe dejarnos en claro que la cuestión no radica en no sufrir, porque, de alguna manera, en mayor o menor medida, todos debemos padecer ciertas circunstancias de dolor. El tema es cómo sufrir. Quienes no conocen a Cristo se hunden en la angustia, pero los que tenemos el tesoro en vasos de barro debemos aprender a transformar toda tribulación en ocasión de esperanza y oportunidad para dar buen testimonio.

Como maestro, diría que cada tribulación puede convertirse en una oportunidad pedagógica del Espíritu Santo. Él nos enseña a depender más de Dios, a soltar el control que creemos tener, a discernir lo eterno frente a lo pasajero. El mismo Pablo declara:

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.”

2 Corintios 4:17

Aquí está el secreto: lo que hoy parece insoportable, a la luz de la eternidad se vuelve leve y pasajero. El vaso de barro se resquebraja, pero el tesoro interior se consolida. La fragilidad humana se desgasta, pero la gloria de Dios crece y

se multiplica. Menciono esto con plena consciencia de que una cosa es decirlo y otra vivirlo en carne propia; por lo tanto, no estoy siendo liviano en la expresión. Solo estoy enseñando la verdad eterna, más allá de nuestros limitados razonamientos.

Nuestro corazón, como hijos de Dios, debe aprender a latir con una melodía distinta a la del mundo. La sociedad contemporánea, al igual que en tiempos antiguos, interpreta las tribulaciones como derrotas absolutas. El fracaso laboral, la enfermedad, el rechazo social o la oposición abierta suelen considerarse tragedias sin salida. Sin embargo, el Evangelio del Reino nos enseña que, en Cristo, la tribulación no es la última palabra, sino el escenario donde se manifiesta la fidelidad de Dios; por eso no debemos angustiarnos.

En cada ocasión debemos descubrir que el tesoro del Evangelio dentro de su vaso de barro es más fuerte que cualquier circunstancia externa. Solo esta comprensión puede dar sentido a las palabras de Pablo escritas a los hermanos de Filipos: ***“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4:4)***. La tribulación no debe robarnos la capacidad de alabar, y la angustia nunca debe tener lugar para sofocar nuestra esperanza.

La experiencia de los hermanos de los primeros siglos de la Iglesia nos revela una verdad espiritual que debemos abrazar: la paz de Dios no depende de la ausencia de tribulaciones, sino de Su presencia en medio de ellas. El rey David entendió esto al afirmar: ***“Aunque ande en valle de***

sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Salmo 23:4).

El valle puede ser oscuro y estrecho, la sombra puede proyectar temor, pero la compañía del Buen Pastor disipa toda angustia. El cristiano verdadero no debe pensar como un triunfalista ingenuo que niega las adversidades, sino como un peregrino que puede atravesar toda tribulación con esperanza, sabiendo que no está, ni estará, solo jamás.

La diferencia esencial entre tribulación y angustia se percibe en el alma. La tribulación es presión externa; la angustia, rendición interna. El enemigo busca transformar las pruebas externas en tormento interior, susurrando que no hay salida, que todo está perdido, que la fe no sirve de nada. Pero el Espíritu Santo responde recordándonos las promesas de Dios, fortaleciendo nuestra fe y renovando nuestra mente con la Palabra.

Así, lo que en algún momento puede parecernos una opresión capaz de aplastarnos se convierte en una escuela donde aprendemos a caminar por fe y no por vista (**2 Corintios 5:7**). La iglesia contemporánea enfrenta sus propias tribulaciones: el rechazo cultural al Evangelio, la presión de filosofías contrarias a la fe, la intolerancia hacia la verdad bíblica y las crisis internas de la vida comunitaria constituyen pruebas constantes.

En algunos lugares, los creyentes enfrentan la persecución abierta; en otros, sufren el desprecio sutil, la

marginación o la burla. Sin embargo, la exhortación de Pablo sigue vigente: podemos estar atribulados en todo, pero no angustiados. La angustia no es el destino de la Iglesia, porque la victoria ya fue conquistada en la cruz.

Vivir esta verdad en lo práctico requiere disciplina espiritual. La oración nos permite descargar la presión de las tribulaciones en la presencia del Señor: ***“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”*** (Filipenses 4:6).

La Palabra de Dios se convierte en la brújula que orienta nuestro corazón cuando todo alrededor parece caos. La comunión con la Iglesia fortalece nuestra fe, pues como cuerpo de Cristo aprendemos a llevar los unos las cargas de los otros (**Gálatas 6:2**). Nadie está llamado a atravesar solo las tribulaciones, sino a hacerlo en comunidad, compartiendo el consuelo recibido de Dios.

Y, sobre todo, debemos aprender a mirar más allá de lo visible. Pablo nos recuerda: ***“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”*** (2 Corintios 4:18). Esta visión de eternidad es la que protege al creyente de caer en la angustia. El dolor presente es real, pero pasajero; la gloria venidera es invisible, pero eterna. El vaso de barro puede resquebrajarse, pero el Tesoro en su interior nunca se deteriora.

Por eso, el llamado apostólico es a cultivar una fe resistente en medio de las pruebas. Cuando la tribulación golpee nuestra puerta, debemos recordar que no es señal de abandono, sino de formación. Cuando la presión externa intente robar nuestra paz, debemos aferrarnos a la Palabra y permitir que el Espíritu Santo renueve nuestra mente. Cuando la angustia quiera penetrar nuestro corazón, debemos levantar nuestra voz en alabanza, porque la adoración es el antídoto contra la desesperación.

Así, los hijos de Dios nos convertimos en testimonios vivos para el mundo incrédulo. En una sociedad acostumbrada a rendirse bajo el peso de las pruebas, ver a un hijo de Dios caminar en paz en medio de la tormenta es una señal poderosa de que Cristo vive en él. El mundo necesita más que discursos; necesita vernos como vasos de barro que en ocasiones podemos estar atribulados, pero sin embargo no angustiados. Ruego a Dios que seamos capaces de mostrar la gloria del Tesoro que ciertamente llevamos dentro.

“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no temeremos aunque la tierra tiemble, aunque los montes se derrumben en el corazón del mar.”

Salmo 46:1 y 2



Capítulo tres

EN APUROS, MAS NO DESESPERADOS

“...en apuros, mas no desesperados.”

2 Corintios 4:8

La vida cristiana a menudo nos coloca en situaciones que nos hacen sentir acorralados, rodeados por circunstancias que parecen imposibles de superar. Estar “en apuros” es parte del caminar de todo creyente; es la experiencia de sentir que no hay salida humana, que los obstáculos son mayores que nuestras fuerzas y que cada decisión parece cerrarnos puertas por todas partes.

Hoy en día, estar en ciertos apuros es parte de la realidad de la mayoría de la sociedad. El estilo de vida exageradamente consumista y la vertiginosa aceleración de todas las cosas han producido una tremenda desintegración familiar, y una ruptura de valores que, sin duda, generan grandes conflictos personales. Los cristianos no somos ajenos a esto, aunque deberíamos serlo, y los apuros están a la orden del día.

Lógicamente, los apuros a los que Pablo se refirió son, en gran medida, diferentes a los actuales, pero la necesidad y el aprendizaje son los mismos. Es necesario que los hijos de Dios entendamos que podemos llegar a padecer apuros y condiciones adversas sin caer en desesperación. Esta frase revela una paradoja que solo se comprende desde la perspectiva de la gracia de Dios actuando en nuestra fragilidad.

Los apuros son inevitables, y la Biblia nos enseña, a través de varios ejemplos, cómo sobrellevarlos en la fe. Luego nos toca a nosotros aplicar esas enseñanzas en el contexto actual de nuestras vidas. De hecho, dichas enseñanzas no provienen únicamente de ejemplos buenos; en muchos casos, la Biblia también nos enseña cómo no debemos actuar. Ante esto, es claro que debemos recordar a Israel en los apuros de su éxodo. Todos sabemos y podemos imaginar, con gran precisión histórica, las adversidades vividas por los hebreos en los días de la gran liberación.

Personalmente, creo que los detalles del éxodo y del peregrinar de los israelitas en el desierto, así como la conquista de la tierra, son un manantial de enseñanzas inigualable. Las tensiones generadas por las diferentes plagas sobre el gobierno más poderoso de la tierra en aquellos tiempos, no son fáciles de imaginar. Los hebreos aún eran un pueblo pequeño en relación con Egipto, y Moisés era un campesino, cuidador de ovejas, que un día apareció con una vara y un mensaje de parte de Dios para el faraón.

Por supuesto, a nosotros nos impacta porque sabemos que el poder de Dios estaba detrás de ese diseño; pero si lo pensamos naturalmente, todo aquello fue una gran locura. ¿A quién se le ocurre enfrentar al gobernante y al ejército más poderoso de la tierra con una vara de madera? ¿Acaso podemos imaginar el apuro que experimentaron los hebreos cuando veían las resoluciones negativas del temido faraón?

Cuando Moisés presionó al faraón por primera vez, este se enojó y dijo: ***“Ya no les den paja a los israelitas para los ladrillos que tienen que hacer. Déjenlos que vayan ellos a recogerla. Pero exíjanles que hagan la misma cantidad de ladrillos, ¡ni uno menos! Estos israelitas son unos haraganes; por eso andan gritando que los dejemos ir al desierto para adorar a su Dios. Ustedes háganlos trabajar más todavía. Manténganlos tan ocupados que no tengan tiempo de creer en las mentiras de Moisés y de Aarón”*** (Éxodo 5:7 al 9, PDT).

Ahora imaginemos el apuro de esa gente esclava que, de pronto, ve agravada su situación laboral. Analicemos los pensamientos que habrán albergado después de cada plaga y de cada reacción contraria del faraón. Imaginemos el miedo de la noche en que la muerte recorrió Egipto, y el apuro que habrán sentido cuando se enteraron de que los dejarían salir en libertad. Sin duda, no fue nada fácil el proceso de liberación en la mente de esa gente.

Cuando finalmente pudieron salir, fueron perseguidos y acorralados frente al Mar Rojo por el ejército egipcio.

Parecía que no había camino alguno. La angustia tendría que haber sido el resultado lógico, pero la desesperación no se apoderó de ellos, porque Moisés levantó su voz y proclamó: ***“Estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros” (Éxodo 14:13).***

Lo imposible a los ojos humanos se convirtió en una oportunidad para que la gloria de Dios se manifestara. La fe transforma la presión externa en escenario de milagro y la angustia en ocasión para confiar más profundamente en el Señor. Lo que el pueblo hebreo necesitó fue un líder capaz de conservar la calma en medio del apuro y de preguntar a Dios los pasos a seguir.

Nosotros, seguramente, no estaremos jamás ante una situación semejante. No nos persigue el faraón con su ejército, ni estaremos atrapados frente al Mar Rojo. Pero una cosa es clara: nuestro Dios es el mismo que le dijo a Moisés: ***“Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú, alza tu vara y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco” (Éxodo 14:15 y 16).*** Él es el Dios que nos da las directivas necesarias y el mismo que realiza la obra necesaria para nuestra liberación.

Los israelitas avanzaron hacia el mar. Mientras tanto, el ángel de Dios, que iba delante de ellos, se colocó detrás, quedando entre ellos y los egipcios. Lo mismo hizo la nube en forma de columna, la cual siguió alumbrando el camino a los israelitas, pero dejó en la oscuridad al ejército egipcio. Durante toda esa noche los egipcios nunca pudieron alcanzar

a los israelitas. Luego Moisés extendió su brazo sobre el mar, y Dios hizo que un fuerte viento soplara durante toda la noche. El viento partió el mar en dos y dejó un camino de tierra seca por el cual pasaron todos los hebreos (**Éxodo 14:19 al 22**).

Las Escrituras no nos presentan historias fantásticas para despertar nuestra admiración hacia las personas de fe como Moisés. Dios nos ha dado las Escrituras para que comprendamos que Él es el mismo, y que no ha cambiado su intención de manifestar autoridad y poder ante las adversidades que enfrentamos quienes le amamos y servimos.

Los apuros de la vida actual pueden presionar el barro, pero no pueden destruir el tesoro que Dios ha puesto en nosotros. Cada dificultad, cada pérdida, se convierte en una oportunidad para confiar más en el Dios que resucita a los muertos, que abre caminos donde no los hay y que transforma el dolor en una plataforma de testimonio.

En la práctica, esto implica un cambio de perspectiva. Los apuros son inevitables, pero la desesperación es opcional. Cuando la vida nos aprieta, podemos elegir mantener la mirada en Cristo, recordar sus promesas y sostener nuestra fe con la Palabra y la oración. La angustia surge cuando enfocamos nuestra atención únicamente en lo que vemos: problemas, obstáculos y amenazas. La esperanza surge cuando reconocemos que detrás de cada circunstancia

hay un Dios que gobierna y que tiene un plan para nuestro bien (**Romanos 8:28**).

Lo que debemos aprender con profundidad es cómo enfrentar los apuros sin sucumbir a la desesperación. Esto no lo digo como si fuera algo sencillo o evidente. Yo también soy barro frágil y muchas veces he tenido que enfrentar apuros personales. Sin embargo, puedo dar claro testimonio de la fidelidad de Dios en todos los casos.

Esto no implica que, al atravesar ciertos apuros, uno tenga claridad en las ideas. Es lógico que nos aceche la confusión; por eso es importante conocer la fidelidad de Dios. En lugar de buscar motivos y lógica en cada asunto, debemos confiar en que, al final de cada situación adversa, hay una luz de esperanza.

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.”

2 Pedro 1:19

Aquí, Pedro subraya la naturaleza y la fiabilidad de la Palabra profética de Dios. La frase ***“la palabra profética más segura”*** nos invita a reflexionar sobre cómo la Escritura proporciona un fundamento inquebrantable para nuestra fe, iluminando el camino de quienes buscamos avanzar hacia el propósito divino.

Pedro sugiere que esta palabra funciona como un faro, iluminando el camino de los creyentes en un mundo lleno de confusión y oscuridad espiritual. Del mismo modo que la luz aporta claridad y seguridad en un entorno oscuro, la Escritura revela la verdad de Dios y guía a los creyentes lejos del error y del peligro. La metáfora de la luz se repite en el **Salmo 119:105**: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”*. La palabra profética más segura apunta a acontecimientos futuros y proporciona orientación presente para una vida de fe.

Además, Pedro insta a los creyentes a estar atentos a la Palabra profética más segura, con lo cual debemos prestar atención a todas las Escrituras y permitir que moldeen nuestra vida, manteniéndonos en paz en medio de todo conflicto. Los creyentes debemos confiar en la Escritura para conservar visión espiritual y firmeza en la fe.

Los hijos de Dios que entienden esta verdad aprenden a interpretar los apuros de manera distinta. No son castigos ni fracasos absolutos, sino momentos donde la fe se purifica, la paciencia se fortalece y la esperanza se profundiza. El apuro revela la fragilidad humana, pero también permite que se manifieste la fuerza de Dios. El vaso de barro, sometido a presión, muestra sus grietas; pero a través de ellas brilla la luz del Tesoro interior: la presencia de Cristo.

El ministerio mismo nos enseña esta realidad. Los líderes de iglesia enfrentan desafíos que pueden generar ansiedad y desaliento: conflictos internos, resistencia

cultural, decisiones difíciles, falta de recursos. Cada situación difícil puede ser un apuro que amenaza con desesperar, pero también es una oportunidad para depender más profundamente de Dios, buscar su dirección y mostrar que la fuerza de Dios se perfecciona en la debilidad (**2 Corintios 12:9**). La desesperación se vence al mantener la mirada en Cristo, orar con fervor, alabar aún bajo presión y confiar en que Dios provee la salida adecuada en el momento oportuno.

La vida contemporánea está llena de apuros sutiles y complejos: pérdida de empleo, enfermedades, conflictos familiares, injusticias sociales. La diferencia entre sucumbir y mantenerse firme radica en la fe activa. La oración constante, la lectura de la Palabra y la comunión con otros creyentes son armas que nos permiten enfrentar los apuros sin caer en la desesperación. Cada apuro puede ser un testimonio vivo de la gloria de Dios en medio de la debilidad humana, solo hay que saber enfrentarlos.

Finalmente, la exhortación apostólica es clara: los apuros no son el final, son oportunidades. La desesperación no debe arraigarse en nuestro corazón, porque la esperanza y la paz de Dios son mayores que cualquier circunstancia. Cada vaso de barro que lleva el Tesoro de Cristo puede atravesar la presión sin romperse, y cada prueba puede convertirse en una plataforma de testimonio y fe. Cuando estemos rodeados por dificultades, recordemos que Dios es la salida, que su fidelidad nunca falla y que la vida del creyente puede reflejar la gloria de su poder aun en los momentos más acuciantes.

Los apuros no definen la vida cristiana; revelan la magnitud del tesoro que llevamos dentro. Podemos estar cercados por dificultades, sentir el peso de la presión, pero la desesperanza no tiene cabida en un corazón que confía en Dios. Por eso, vivir en medio de los apuros con fe y esperanza es el sello distintivo de aquellos que poseemos el Tesoro del evangelio en simples vasos de barro.

***“Cuando cruces las aguas,
Yo estaré contigo;
cuando cruces los ríos,
no te cubrirán sus aguas;
cuando camines por el fuego,
no te quemarás ni te abrasarán las llamas.”***
Isaías 43:2



Capítulo cuatro

PERSEGUIDOS, MAS NO DESAMPARADOS

“Perseguidos, mas no desamparados...”

2 Corintios 4:9

Hay una verdad que acompaña al Evangelio desde sus primeros pasos por los caminos polvorientos de la historia: donde la luz de Cristo resplandece, las tinieblas reaccionan. La persecución no es una anomalía ni un accidente del destino de los santos; es la señal inconfundible de que el Reino de Dios ha irrumpido con poder en medio de un mundo que lo resiste. Jesús dijo:

“Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.”

Juan 15:20

En esa frase no hay amenaza, sino una declaración de identidad: los que pertenecen a Cristo caminan por el mismo sendero que Él recorrió, llevando en el cuerpo las marcas de su cruz y en el alma la gloria de su resurrección.

La persecución no es el fracaso del Evangelio, sino su confirmación. En una cultura que busca aceptación y aplausos, el sufrimiento por causa de la fe parece un escándalo; sin embargo, a los ojos del cielo, es un honor. Cuando los discípulos fueron azotados por proclamar el nombre de Jesús, ***“salieron gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”*** (Hechos 5:41).

En ellos se cumplía un principio eterno: el fuego que el enemigo enciende para destruir la fe, el Espíritu lo convierte en un altar donde se revela la autenticidad del testimonio cristiano.

Desde el principio, el pueblo de Dios ha sido probado en el crisol del rechazo. La persecución es una especie de espejo que refleja el contraste entre el Reino de Dios y el reino de los hombres. Donde hay verdad, habrá oposición; donde hay pureza, habrá resistencia; donde hay luz, siempre habrá sombras que intenten apagarla. Pero es justamente allí donde el creyente descubre el tesoro escondido en su fragilidad: el poder de Dios sosteniendo su barro.

El apóstol Pablo, en su profunda carta a los corintios, resumió esta paradoja con una belleza que aún conmueve los siglos. Cada palabra del pasaje que ha dado vida a este libro es un testimonio vivo de cómo la debilidad humana se convierte en escenario de la fidelidad divina. Ser perseguidos no significa estar solos; significa que Dios nos considera

dignos de participar en la comunión de los padecimientos de Cristo.

La persecución, entonces, revela la autenticidad del Evangelio. No porque el sufrimiento en sí sea noble, sino porque muestra que el mensaje que predicamos no proviene de este mundo. La fe genuina desafía los sistemas de poder, las ideologías humanas, los intereses egoístas y las falsas religiones; por eso, donde el Evangelio es puro, el conflicto es inevitable. Cuando la Iglesia no sufre ninguna resistencia, tal vez deba preguntarse si ha dejado de incomodar al mundo. La verdad no siempre es bienvenida, pero siempre es necesaria.

En tiempos antiguos, los profetas eran perseguidos no por sus palabras suaves, sino por su fidelidad a la voz de Dios. Jeremías fue encarcelado, Isaías, según la tradición, fue aserrado, y Amós fue expulsado del templo por denunciar la corrupción del culto. No eran héroes voluntarios del dolor, sino portadores de una verdad que no podían callar. Así también, cada creyente que decide vivir conforme al Reino lleva dentro de sí la misma tensión: ser fiel a Dios, aunque eso signifique ser rechazado por los hombres.

Cuando el cristiano comprende que la persecución no es el abandono de Dios, sino su acompañamiento más íntimo, algo cambia profundamente en su corazón. El dolor deja de ser interpretado como castigo y se convierte en comunión. Las lágrimas ya no son símbolo de derrota, sino semillas de gloria. En el campo del sufrimiento florece la fe más pura,

aquella que no busca recompensas terrenales, sino la sonrisa del Padre.

Ser perseguidos por causa de Cristo es un privilegio que pocos desean, pero todos los que lo viven descubren un misterio: en medio del rechazo se revela la cercanía de Dios. Cuando los amigos se alejan, cuando la sociedad señala, cuando las fuerzas parecen extinguirse, el Espíritu Santo se levanta como Consolador fiel, recordando que no estamos desamparados. Él no libra siempre del horno, pero sí se hace presente en medio del fuego, como lo hizo con los tres jóvenes hebreos.

La autenticidad del Evangelio no se mide por la popularidad de sus predicadores, sino por la profundidad de su resistencia ante la oposición. Los hombres pueden silenciar las voces, pero no pueden apagar la verdad. Los enemigos del Evangelio pueden confiscar los templos, pero no pueden exiliar al Espíritu. El poder del Reino no se sostiene con la aceptación pública, sino con la fidelidad secreta de aquellos que, perseguidos, siguen confiando en Aquel que nunca los abandona.

El alma que ha probado el aguijón de la persecución conoce el sabor del silencio y de la soledad. Ser rechazado por hacer el bien, ser malinterpretado por causa de la verdad o ver levantarse en contra nuestra a quienes un día llamamos amigos, deja heridas profundas que solo Dios puede sanar. Sin embargo, es precisamente en esos desiertos del alma donde el Señor revela la dulzura de Su compañía. Él no

siempre cambia las circunstancias, pero cambia el corazón del perseguido, transformando su dolor en adoración y su llanto en fuerza interior.

David conoció ese camino. No fue perseguido por ser un delincuente ni un rebelde, sino por la envidia de un rey que había perdido la unción. Saúl, consumido por los celos, se convirtió en el verdugo de aquel joven pastor que solo había servido fielmente.

Durante años, David huyó por montes y desiertos, escondiéndose en cuevas y viviendo como un fugitivo. Pero allí, en la soledad de Adulam, en los días sin aplausos ni coronas, escribió algunas de las canciones más profundas de la historia sagrada. El dolor lo transformó en salmista; y la persecución lo moldeó como un verdadero adorador.

En el **Salmo 57**, compuesto cuando se hallaba escondido en una cueva, David clama: ***“Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti ha confiado mi alma; y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos.”*** Ese verso revela el corazón del perseguido que no ha perdido la confianza. David no pide venganza, pide refugio. No exige justicia inmediata, busca abrigo en la fidelidad divina. En medio del acoso de Saúl, descubrió una verdad que más tarde resonaría en los labios de Pablo: podemos ser perseguidos, pero no desamparados.

El rechazo de los hombres no implica el abandono de Dios. A menudo, cuando todo parece derrumbarse, el Señor se hace más visible en la intimidad del alma. La persecución desnuda al creyente de sus apoyos humanos para vestirlo de dependencia espiritual. En ese despojo, David aprendió que el verdadero trono no era el de Jerusalén, sino el de un corazón rendido. Los años de persecución no lo destruyeron; lo prepararon para gobernar con misericordia. El fuego que pareció consumirlo, en realidad purificó su carácter.

Algo similar ocurrió con el profeta Elías, quien, después de desafiar con valentía a los profetas de Baal en el monte Carmelo, fue amenazado por Jezabel. El hombre que había visto descender fuego del cielo ahora huía asustado por el desierto, deseando morir bajo un enebro. Qué contraste tan humano: del triunfo público al abatimiento personal en solo un día. Pero allí, en el silencio del desierto, el Dios de Elías volvió a manifestarse.

“El Señor le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva...”

1 Reyes 19:11 al 13

No fue un estruendo, ni un fuego, ni un viento recio; fue la ternura de una voz que le recordó que no estaba solo. En medio del miedo, Dios no lo reprendió con dureza, sino que lo alimentó, lo dejó descansar y le devolvió el propósito. La persecución había quebrantado su ánimo, pero la presencia de Dios restauró su identidad profética. A veces, el enemigo quiere convencer al siervo de que su labor ha terminado, pero el Señor se acerca para decir: *“Aún tengo camino por delante para ti...”*

Elías, alimentado por un ángel, volvió a levantarse. El profeta abatido se convirtió nuevamente en portavoz del Altísimo. En su historia aprendemos que la persecución puede cansar el cuerpo, pero no puede extinguir el llamado. Dios se especializa en visitar a los quebrantados, y sus encuentros más profundos con nosotros suelen tener lugar en los días más oscuros.

Ambos hombres, David y Elías, experimentaron el mismo principio: el desamparo aparente no es abandono real. Dios estaba en la cueva y estaba en el desierto. En los escondites de Adulam y en el monte Horeb, la presencia divina se reveló como compañía constante. Es en los momentos de rechazo donde el creyente madura en intimidad. No hay comunión más pura que aquella que se forja en medio de la adversidad.

Y así, en cada generación, los siervos de Dios vuelven a descubrir esta misma fidelidad. Los caminos del dolor son también caminos de revelación. La persecución puede

alejarnos de los hombres, pero nunca del amor de Cristo. Él camina con los suyos cuando son arrojados a las mazmorras, los visita cuando son despreciados por predicar la verdad y les da canciones aun en las noches más oscuras.

Cuando la fe es puesta a prueba, la presencia de Dios se vuelve tangible. Lo invisible se hace más real que lo visible. El perseguidor puede arrebatar todo, menos la comunión del alma con su Señor. Por eso, aun en medio del sufrimiento, el creyente puede decir con confianza: ***“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...”*** (Salmo 23:4).

A lo largo de los siglos, la historia del cristianismo ha estado tejida con hilos de lágrimas y de gloria. Cada generación ha tenido sus testigos, sus mártires, sus fieles anónimos que, perseguidos por causa de Cristo, eligieron permanecer firmes antes que renunciar al Evangelio. La sangre de los santos ha sido la semilla de la Iglesia, y cada lágrima derramada por amor al Señor, un testimonio silencioso de Su fidelidad.

Esteban, el primer mártir cristiano, nos legó una imagen inmortal de esa fidelidad celestial en medio de la violencia humana. Mientras las piedras caían sobre su cuerpo, levantó la mirada al cielo y vio ***“la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”*** (Hechos 7:55). El ungido diácono, lleno del Espíritu, comprendió en ese instante que la persecución no era su final, sino su coronación. No vio a un Cristo distante, sino de pie,

recibiéndolo. Aquel que había prometido estar con los suyos se levantó del trono para acompañarlo en su último aliento.

Siglos después, un anciano llamado Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo de Juan, sería llevado ante los tribunales romanos. Le ofrecieron la libertad si negaba a Cristo. Su respuesta fue sencilla, pero eterna: *“Ochenta y seis años le he servido, y nunca me ha hecho mal alguno. ¿Cómo podría blasfemar contra mi Rey que me salvó?”* Fue quemado vivo, pero su fe no se consumió. Las llamas que pretendían destruirlo se convirtieron en resplandor del testimonio de fe. Así, el eco de su fidelidad aún atraviesa los siglos, recordándonos que no hay llama humana capaz de apagar el fuego del Espíritu.

Y en tiempos más recientes, la historia continúa escribiéndose en los sótanos de países cerrados, en las casas ocultas donde la iglesia subterránea adora en silencio. Allí, donde los himnos se cantan en susurros y las Biblias se reparten de mano en mano como tesoros prohibidos, Cristo sigue cumpliendo Su promesa:

“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Mateo 28:20

El Señor no abandona a nadie en las prisiones, ni en los interrogatorios, ni en los destierros. En cada celda donde un creyente ora, el Espíritu de Dios llena el lugar con Su

presencia. Ellos no tienen templos visibles, pero habitan en la gloria invisible del Dios que nunca desampara.

Esa promesa: ***“Yo estoy con vosotros todos los días...”*** no es una metáfora; es una garantía eterna. No depende de la comodidad ni de la aceptación social. Es el pacto de presencia que sostiene al creyente en toda época. Cuando Cristo dijo ***“todos los días...”***, incluyó también los días de persecución, los días de angustia, los días de soledad y los días en que parece que el cielo guarda silencio. La Iglesia no ha sido abandonada ni por un instante en toda su historia, porque el Señor que la llamó a seguirle en el camino de la cruz también la acompaña hasta la corona. Sin embargo, la Escritura anuncia que en los tiempos finales la persecución se intensificará. Jesús mismo advirtió:

“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.”

Mateo 24:9

El mundo moderno, bajo la apariencia de tolerancia, se está volviendo cada vez más hostil hacia la verdad. No serán necesarias hogueras ni cárceles para perseguir; bastará la cancelación, la difamación o la exclusión social. Pero, aunque cambien las formas, el espíritu es el mismo: resistir la luz del Evangelio.

En ese contexto, los creyentes de hoy estamos llamados a vivir con discernimiento y valentía. La

persecución que viene no debe sorprendernos, sino prepararnos. No se trata de buscar el sufrimiento, sino de estar dispuestos a permanecer fieles cuando llegue. La fidelidad no se improvisa en la crisis; se cultiva en la comunión diaria. Quien aprende a oír la voz de Dios en la calma podrá seguir confiando en medio de la tormenta.

El llamado para nosotros es claro: vivir bajo oposición sin sentir abandono. Saber que, aunque el mundo nos rechace, el cielo nos recibe; que cuando las puertas se cierran en la tierra, los brazos del Padre se abren en el cielo. La fe auténtica no depende de la aprobación humana, sino de la certeza de la presencia divina.

Si alguna vez sienten que haber sido fieles al Señor en actitudes y principios, les ha costado relaciones, oportunidades o reputación, recuerden esto: Dios no se ha ido. Está más cerca que nunca. Él no solo ve nuestras lágrimas, sino que las guarda. No solo escucha nuestras oraciones, sino que responde en Su tiempo. No solo nos sostiene, sino que camina con nosotros en todo momento. Debemos tener en claro que cada herida por causa de Cristo lleva consigo una porción de Su gloria.

Los hijos de Dios que ya hemos alcanzado madurez espiritual debemos aprender a interpretar la persecución como una oportunidad para reflejar el carácter del Señor. No debemos defendernos con amargura, sino con mansedumbre; no debemos responder con odio, sino con esperanza; no debemos huir con temor, sino que debemos aferrarnos a la

gracia. Porque todos los que padezcamos adversidades por Su causa también reinaremos con Él (**2 Timoteo 2:12**).

Y así, el ciclo de la fidelidad continúa: perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos; afligidos, pero nunca abandonados. En los campos de la historia, las huellas de los perseguidos siguen marcando el camino de la victoria. La Iglesia que sufre es la Iglesia que vence, porque su fuerza no está en su número, sino en su Cristo.

El último capítulo de esta historia ya está escrito, y su desenlace no es derrota, sino gloria. Aquel que prometió estar con nosotros hasta el fin vendrá por su pueblo, y cada lágrima será enjugada. El dolor de hoy será el testimonio eterno de mañana.

“Porque tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”

Romanos 8:18



Capítulo cinco

DERRIBADOS, PERO NO DESTRUIDOS

“Derribados, pero no destruidos...”

2 Corintios 4:9

La vida cristiana no está exenta de caídas. Ser derribado es una experiencia común: fallamos, nos equivocamos, enfrentamos fracasos, pérdidas o traiciones que nos hacen sentir vulnerables y quebrantables. Sin embargo, ser derribado no significa ser destruido. Esta distinción es fundamental para el creyente, pues define la manera en que interpretamos la adversidad y el fracaso. La debilidad humana no determina nuestro destino; la fidelidad de Dios asegura que incluso en la caída, el tesoro del evangelio permanezca intacto dentro del vaso de barro.

Hay momentos en la vida en los que el alma cae de rodillas, no en adoración, sino en cansancio. Esos días en los que parece que todo el peso del cielo y de la tierra se inclina sobre nosotros, aplastando la esperanza, nublando la fe y silenciando la oración. Nos sentimos derribados, como si

hubiéramos perdido la fuerza para seguir luchando. Sin embargo, en el lenguaje del Reino, ser derribado no significa estar destruido. La caída no es el final, sino el punto desde donde Dios comienza a mostrar la fortaleza de Su gracia.

En esas palabras de **2 Corintios 4:9**, Pablo permite ver el corazón de alguien que conocía la fragilidad del barro, pero también la indestructible fuerza del tesoro que llevaba dentro. Pablo no negaba la realidad del dolor ni la crudeza del derribo; simplemente recordaba que la destrucción no tiene la última palabra cuando Cristo habita en el interior.

Hay una gran diferencia entre caer por causa de algún problema o ser destruidos por dicha causa. El derribo es una experiencia de debilidad; la destrucción, en cambio, es la ausencia de esperanza. Ser derribado implica haber tropezado, haber recibido un golpe, haber sido herido o despojado de algo valioso; pero estar destruido significa haber renunciado a levantarse.

En la vida cristiana, el enemigo intenta que confundamos ambas cosas, susurrándonos que nuestro derribo es definitivo. Nuestra mente aferrada a las realidades presentes, suele ignorar la verdad eterna y en tales casos pensamos que no podemos levantarnos, pero el Espíritu Santo sigue hablando a nuestro interior, recordándonos que el barro puede agrietarse, quebrarse por completo, pero que el tesoro sigue intacto y brillando con gran intensidad.

A veces el derribo llega sin aviso, como un viento repentino que arranca las ramas más frágiles del alma. Llega en forma de desilusión, fracaso o pérdida. El creyente fiel, el pastor experimentado, el discípulo constante, todos, en algún punto del camino, sienten la tentación de quedarse en el suelo.

El cuerpo cansado, el corazón herido, la mente saturada de preguntas: “¿Por qué, Señor? ¿Dónde estás? ¿Por qué permitiste esto?”. Y, sin embargo, en ese punto donde la fe parece extinguirse, una voz interior surge, la voz del mismo Señor que nos murmura con ternura: “No estás destruido... solo estás siendo moldeado, estoy contigo, solo resiste y vuelve a levantarte en mi poder...”

El derribo forma parte del proceso del barro. Ninguna vasija llega a ser perfecta sin antes ser quebrada en las manos del Alfarero. En la superficie del alma quedan las marcas de las caídas, pero son precisamente esas grietas las que permiten que la luz del tesoro brille con más intensidad. El orgullo se rompe, la autosuficiencia se rinde, y de la debilidad surge una fuerza nueva, no humana, sino celestial.

No todos los derribos son visibles. Algunos ocurren en el silencio del corazón, donde nadie ve las lágrimas ni escucha los sollozos. Hay ministros que predicán con voz firme mientras por dentro sienten que el suelo se ha movido bajo sus pies. Hay madres de oración que sonríen a sus hijos mientras su alma sangra en lo secreto. Hay creyentes que llegan al culto con el rostro en alto, pero con el espíritu

doblado por la carga. Sin embargo, el Dios que nos llamó conoce cada batalla silenciosa, y Su palabra no cambia: ***“Derribado, pero no destruido”***.

Ser derribado no es motivo de vergüenza, sino de humildad. Revela que somos humanos, que dependemos totalmente del Señor. A veces creemos que la fe nos hace inmunes al dolor, pero es precisamente la fe la que nos permite soportarlo sin sucumbir. La fe no evita las caídas; las redime. Nos recuerda que el polvo del suelo puede convertirse en el punto de partida de una nueva creación. No importa cuán fuerte haya sido el golpe, ni cuán profunda la herida: si Cristo vive en nosotros, hay esperanza de resurrección.

El creyente maduro no niega el derribo; lo atraviesa. No se avergüenza de su fragilidad, sino que la presenta como ofrenda. Porque en ese estado de despojo, cuando todo parece perdido, se revela la naturaleza del tesoro que Dios ha puesto en el vaso de barro. Cuando ya no hay fuerza propia, se manifiesta la fuerza divina. Cuando no hay caminos visibles, el Señor abre sendas en el desierto. Cuando el alma se siente quebrada, el Espíritu del Señor sopla vida sobre los fragmentos y los une con propósito eterno.

La experiencia del derribo, entonces, no es el fin de la historia, sino el umbral de un nuevo comienzo. No es un punto final, sino una pausa donde el Alfarero toma nuevamente la vasija, la moja con lágrimas de misericordia y la vuelve a colocar en el torno. Y mientras gira en Sus manos,

el barro recuerda: no estoy destruido, porque las manos que me sostienen no han soltado mi vida. En esas manos heridas por los clavos, el derribo se transforma en restauración, y la caída se convierte en testimonio de la gracia.

El derribo puede venir desde muchos frentes. No siempre es una guerra visible ni una caída pública; muchas veces llega disfrazado de procesos comunes de la vida. La adversidad familiar, una enfermedad inesperada, la pérdida económica o la traición de alguien amado pueden convertirse en campos de batalla donde la fe se pone a prueba. Son momentos en los que el alma grita en silencio y el corazón se pregunta si todavía vale la pena seguir creyendo. Pero aun ahí, en las ruinas de lo que fue, el Espíritu de Dios sigue obrando, recordándonos que no estamos destruidos, sino en el taller de Su fidelidad.

Algunos son derribados por la adversidad familiar. Las tensiones del hogar, los conflictos entre padres e hijos, o entre esposos que una vez se prometieron amor eterno, pueden convertirse en una carga insoportable. A veces el derribo llega por un hijo que se aparta del camino del Señor, por un matrimonio que se enfría, o por una relación que parece quebrarse sin remedio.

Son heridas profundas, porque tocan el núcleo del amor. Muchos siervos de Dios han llorado más por su casa que por cualquier ministerio. Pero aun ahí, cuando la familia se desmorona y parece que no hay esperanza, Dios susurra: *“Yo restauraré las ruinas antiguas y levantaré los*

escombros de generaciones pasadas” (Isaías 61:4). Él es el restaurador de las familias rotas y el Dios que vuelve a unir lo que el dolor separó.

Otros son derribados por un diagnóstico contrario. Una palabra médica puede cambiar el rumbo de la vida en un instante. La salud, que parecía estable, se derrumba bajo el peso de un informe o de un tratamiento incierto. El cuerpo se debilita, el ánimo se apaga, y la mente se llena de temores. Es entonces cuando la fe debe pasar del discurso a la confianza real.

En medio del dolor, Dios sigue siendo Dios. Aunque las fuerzas físicas se agoten, el alma puede encontrar descanso en el que tiene poder para levantar del polvo a los abatidos. A veces el Señor no cambia la circunstancia de inmediato, pero cambia el corazón que la enfrenta. El milagro más grande no siempre es la sanidad física, sino la fe que sobrevive en medio de la enfermedad.

También hay quienes son derribados por la pérdida del trabajo o por un revés financiero. El dinero puede ser un medio, pero cuando falta, toca la dignidad y la seguridad. Muchos hijos de Dios han experimentado el dolor de perder todo lo que construyeron, de ver vacía la mesa o inciertas las cuentas. En esos momentos, el enemigo susurra que Dios se ha olvidado, que la fe no sirvió de nada, que el esfuerzo fue en vano.

Pero la Escritura responde con ternura: ***“Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan”*** (Salmo 37:25). El Señor nunca abandona a los suyos. Si permite la escasez, es para mostrar Su provisión; si permite la pérdida, es para revelar un nuevo comienzo. Dios no se deleita en nuestras caídas, sino en demostrarnos que Su gracia puede sostenernos aun sin los recursos que creíamos indispensables.

Y hay derribos más dolorosos que todos los anteriores: los derribos del alma, los que vienen por el desamor, el desprecio, el engaño o la traición. Pocas cosas hieren tanto como el rechazo de alguien a quien se amó de verdad. Jesús lo experimentó en carne propia cuando Judas, uno de los suyos, lo entregó con un beso. El dolor del abandono es una cruz invisible, pero real.

Duele el olvido, duele la ingratitud, duele la traición que destruye la confianza. Sin embargo, incluso en ese dolor, el creyente encuentra consuelo en Aquel que nunca traiciona. Cristo no solo conoce el sufrimiento humano: lo habitó, lo redimió y lo transformó en salvación. Por eso, cuando nos sentimos traicionados o despreciados, podemos oír la voz del Señor diciendo: *“Yo también fui herido, pero en mis heridas está tu sanidad...”*

Muchos creyentes viven con la sensación de que su historia terminó en el momento del derribo. Pero Dios no escribe finales con puntos muertos, sino con resurrecciones. El fracaso no es la lápida del llamado, sino la tierra fértil

donde germina una nueva esperanza. Cuando todo parece perdido, el poder de la resurrección comienza a actuar en lo invisible. A veces la respuesta no llega de inmediato, pero la gracia trabaja silenciosamente, como una semilla que crece en la oscuridad de la tierra. Esa semilla es la promesa de que seremos levantados, no por nuestra fuerza, sino por el Espíritu que levantó a Cristo de entre los muertos (**Romanos 8:11**).

Así, cada tipo de derribo se convierte en una oportunidad para conocer a Dios de una manera más íntima. En la familia herida, Él se revela como restaurador. En la enfermedad, como sanador. En la pérdida económica, como proveedor. En la traición, como amigo fiel. Y en cada una de esas situaciones, el creyente aprende que el propósito de Dios no se interrumpe por las caídas, sino que se afirma a través de ellas. Somos barro, sí, pero barro sostenido por manos poderosas y eternas.

Cuando el alma logra ver desde esa perspectiva, algo cambia profundamente. Ya no se trata de entender el “por qué”, sino de confiar en el propósito que Dios ha imprimido en cada situación. El derribo no destruye; moldea. No cancela el llamado; lo purifica. No extingue la fe; la afina. No es la derrota del creyente, sino el escenario donde el tesoro del Espíritu se hace visible.

Ahora bien, hay un tipo de derribo que espiritualmente duele de manera muy profunda, es el que proviene del pecado. No de una prueba externa, sino del propio corazón.

Cuando el creyente cae, cuando traiciona la fe que profesa o contradice con su conducta la verdad que enseña, el alma se llena de vergüenza.

No hay adversario externo que cause tanto dolor como el propio error. En ese punto, el enemigo aprovecha para susurrar: “Ya no hay vuelta atrás. Dios se cansó de ti. Has arruinado tu destino”. Pero esas palabras no vienen del Cielo, sino del infierno. Porque el evangelio no fue diseñado para los perfectos, sino para los derribados que anhelan ser restaurados.

Ser derribado por el pecado no significa haber sido desechado. Significa que la luz del Espíritu ha revelado la grieta que necesita ser sanada. El pecado nos derriba, pero la gracia nos levanta. Donde el orgullo se quiebra, la misericordia comienza a obrar. Y aunque el pecado deja cicatrices, el perdón las convierte en testimonio.

David conoció ese derribo. Después de su pecado con Betsabé, escribió con el corazón roto: ***“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”*** (Salmo 51:10). No pidió recompensas ni privilegios, sino restauración. Sabía que la única manera de volver a levantarse era permitir que Dios reconstruyera su interior.

Sin embargo, es triste ver que muchas veces los derribados por el pecado son los más juzgados por la misma Iglesia. En lugar de encontrar brazos de gracia, encuentran dedos acusadores; en vez de misericordia, reciben rechazo.

Hay congregaciones que olvidan que todos somos barro, y que el tesoro que llevamos no nos pertenece.

La Iglesia no fue llamada a destruir a los caídos, sino a levantarlos. El apóstol Pablo lo expresó con claridad: ***“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”*** (Gálatas 6:1). La restauración no es un favor humano; es un reflejo de la gracia divina. Cuando la Iglesia restaura, simplemente actúa con el corazón del Señor.

La revelación de la gracia consiste en comprender que Dios no nos ama por lo que hacemos, sino a pesar de lo que hacemos. Que Su amor no se detiene en nuestra caída, sino que se extiende hasta el suelo para levantarnos. La cruz fue el mayor gesto de esa verdad.

Jesús descendió al polvo de la humanidad, se hizo semejante a nosotros, y allí, desde nuestra condición más baja, nos ofreció redención. Por eso, no importa cuán bajo hayamos caído: la gracia de Dios siempre baja un escalón más para alcanzarnos. No hay pozo tan profundo que Su misericordia no pueda tocar.

Pedro fue un ejemplo vivo de esto. Derribado por el miedo, negó al Maestro tres veces. Lo había prometido todo, había caminado sobre las aguas, había sido testigo de milagros, y sin embargo, en la hora más oscura, cayó. Su derribo fue público y su vergüenza, insoportable. Cuando el

gallo cantó, su corazón se quebró en mil pedazos. Sin embargo, la historia no terminó allí. Jesús, resucitado, fue a buscarlo. No lo confrontó con dureza, sino con ternura. No lo reprendió con un discurso, sino con una pregunta: ***“¿Me amas?” (Juan 21:15).***

Tres negaciones, tres oportunidades de restauración. Tres heridas, tres veces curadas por la palabra del amor. El mismo Pedro que cayó se convirtió luego en la roca sobre la cual Cristo edificó una Iglesia firme. Eso hace la gracia: transforma al derribado en columna, al negador en predicador, al caído en testigo de resurrección.

El poder que levantó a Pedro es el mismo que hoy levanta a todo aquel que ha tropezado. Es el poder de la resurrección, que no solo venció la muerte física, sino también la muerte del alma. Pablo lo expresó así: ***“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11).***

La resurrección no fue un evento aislado del pasado; es una fuerza viva que opera cada día en quienes se rinden a Cristo. Es la garantía de que ninguna caída es definitiva, porque el mismo poder que levantó a Cristo de entre los muertos, es el que actúa dentro de nosotros.

Por eso, quien ha sido derribado no debe quedarse en el suelo del remordimiento, sino levantarse en el suelo de la

fe. El perdón de Dios no es una emoción, es una realidad. El enemigo quiere mantenerte postrado, pero el Espíritu te invita a ponerte en pie. Cuando el alma reconoce su miseria y clama por gracia, el cielo responde con poder. Y entonces comprendemos que ser derribados fue parte del proceso que nos llevó a conocer más profundamente al Señor. Los derribos, cuando son entregados a Cristo, se transforman en altares de adoración.

Hay una dignidad santa en quienes se levantan después de haber caído. Sus ojos ven diferente, su corazón ama más, su fe es más real. Ya no confían en su fuerza, sino en la del Señor. Saben lo que significa ser sostenidos cuando todo parecía perdido. Y en su testimonio se revela el poder del Evangelio: no un mensaje para los invencibles, sino para los redimidos; no un canto de victoria humana, sino un himno a la fidelidad de Dios.

Los vasos de barro pueden caer, pero el tesoro nunca se destruye. Puede que el barro se quiebre, pero las manos del Alfarero no dejan que se pierda. El creyente que se levanta lo hace no por mérito, sino por misericordia. Lo que parecía destrucción se convierte en nueva creación. Y cada cicatriz que queda en el barro no es un defecto, sino una marca de Su gracia. Porque los que han sido derribados y levantados conocen mejor que nadie el corazón del Dios que restaura.

Y al final, cuando el alma vuelve a ponerse en pie, puede decir con certeza, con lágrimas y con gratitud: *“Sí, fui derribado... pero jamás destruido.”*

***“Pero tú, Señor, eres el escudo que me protege;
Tú eres mi gloria;
Tú mantienes en alto mi cabeza.”***
Salmo 3:3



Capítulo seis

LLEVANDO EN EL CUERPO LA MUERTE DE JESÚS

“Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús...”

2 Corintios 4:10

La cruz de Cristo no solo es un evento histórico; es un misterio que se prolonga en la vida de cada creyente. Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús implica comprender que el discipulado no se trata de comodidad ni de éxito humano, sino de negarse a sí mismo, cargar la cruz y seguir a Cristo en cada aspecto de nuestra existencia.

Pablo lo expresa con claridad: ***“Porque yo por vosotros a la verdad estoy para ser derramado en libación, y el tiempo de mi partida se acerca”*** (Filipenses 2:17), y también: ***“Yo muero cada día”*** (1 Corintios 15:31). Estas palabras no describen sufrimiento por sufrir, sino una entrega constante de la vida propia, del ego, del orgullo, de la carne, para que Cristo viva plenamente en nosotros.

La negación de uno mismo no es un concepto abstracto, sino un acto concreto de renuncia diaria a lo que nos aleja de Dios. Cada pensamiento egoísta, cada ambición personal que nos desvía del camino de santidad, cada actitud que busca la aprobación humana, constituye una pequeña muerte al yo que debe experimentarse para que la vida de Cristo se manifieste. Esta es la paradoja del evangelio: solo al morir al yo, al ego y a las propias preferencias, puede surgir la verdadera vida en plenitud de Dios.

Pocas expresiones en los escritos del apóstol Pablo revelan con tanta hondura el misterio del discipulado como esta. Llevar en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, no se trata de una metáfora poética ni de una figura retórica. Pablo habla desde la carne herida, desde las cicatrices del alma y del cuerpo, desde un lugar donde el ego ya no tiene voz ni derechos. Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es aceptar que la cruz no fue solo un acontecimiento histórico, sino una realidad espiritual que debe encarnarse en nosotros cada día.

El evangelio no nos invita únicamente a creer en la muerte de Cristo, sino a participar de ella. En su muerte encontramos no solo la redención, sino el modelo del camino por el cual esa redención se hace vida en nosotros. Por eso, la vida cristiana no es un ejercicio de mejora moral ni una colección de virtudes humanas, sino una transformación radical que ocurre cuando el viejo hombre es crucificado (**Romanos 6:6**), y nace en nosotros una nueva criatura conforme a Cristo.

El creyente que lleva en sí la muerte del Señor no lo hace con resignación, sino con reverencia. No es una muerte impuesta, sino una muerte abrazada. Es el sí del alma al propósito eterno de Dios, aunque implique el no rotundo al yo. Pablo no habla aquí de una muerte física, sino de una muerte interior, continua, espiritual: la crucifixión del orgullo, del deseo de reconocimiento, del dominio propio entendido como autosuficiencia. Es morir a la autoafirmación, a la necesidad de controlar, al impulso de defenderse, al instinto de sobrevivir según la carne.

En un mundo que idolatra el éxito, el brillo y la autoimagen, llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es un acto de rebelión santa. La cultura actual enseña a proyectar fortaleza, seguridad, confianza en sí mismo; pero el evangelio nos conduce al camino opuesto: a la debilidad que se apoya en Dios, a la humildad que no busca ser vista, a la renuncia que no necesita ser celebrada. El mensaje de la cruz no cabe en la lógica de este siglo, porque el yo moderno se ha entronizado.

La sociedad posmoderna ha erigido un altar invisible donde se adora al yo. Todo gira en torno al “mí”, al “yo puedo”, al “yo merezco”. Esta idiosincrasia ha contaminado incluso a la Iglesia, que en muchos casos ha sustituido el mensaje de la cruz por el evangelio del bienestar, y el llamado al arrepentimiento por la promesa de éxito. Sin embargo, el Cristo del Calvario sigue diciendo con voz firme y amorosa: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”*** (Lucas 9:23).

Negarse a sí mismo no es despreciarse, sino reconocer que el yo no puede ocupar el trono. El Señor no vino a reformar al viejo hombre, sino a crucificarlo. La obra del Espíritu no consiste en mejorar nuestra naturaleza caída, sino en sustituirla por la de Cristo. Por eso, llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es un proceso continuo de rendición, donde cada pensamiento, deseo y reacción son confrontados por la cruz.

No hay resurrección sin muerte, ni gloria sin sacrificio. La cruz es la puerta por la cual el alma pasa para entrar en los lugares celestiales. Pero ese paso no se da una vez, sino muchas. Morimos cuando perdonamos lo imperdonable, cuando amamos sin ser amados, cuando servimos sin ser reconocidos. Morimos cuando cedemos el derecho a tener razón, cuando callamos por amor, cuando aceptamos la humillación como parte del molde divino. Y en cada una de esas pequeñas muertes, la forma del Crucificado se dibuja un poco más clara en nosotros.

Pablo decía: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20). Esta no es una frase para bordar en un lienzo, sino para escribir con sangre y lágrimas en la experiencia diaria. Ser crucificado con Cristo no significa renunciar a la vida, sino renunciar a la vida sin Cristo. Es permitir que el Espíritu Santo aplique la cruz en los rincones más profundos del alma, donde el yo aún resiste, donde aún busca ser exaltado.

Cada vez que nos enfrentamos a una situación que pone a prueba nuestro carácter, tenemos la oportunidad de elegir entre reaccionar desde la carne o responder desde el Espíritu. Ahí se decide si llevamos la muerte de Jesús o la vida del viejo hombre. Morir al yo es callar cuando la carne quiere hablar, esperar cuando el orgullo quiere exigir, servir cuando el ego quiere ser servido. Es en esos momentos cuando el discípulo comprende que la cruz no es un adorno ni un símbolo religioso, sino un estilo de vida.

La muerte que llevamos en el cuerpo no destruye, sino que purifica. La cruz no nos aniquila, nos libera. A través del quebranto, Dios forma vasos nuevos. A través de la muerte del yo, el alma se vuelve habitable para la presencia divina. Por eso Pablo podía decir: ***“Muero cada día” (1 Corintios 15:31)***. No lo decía con tristeza, sino con esperanza, porque sabía que en cada muerte voluntaria se abría un espacio para que la vida de Cristo se manifestara con mayor plenitud.

La cruz, lejos de ser un símbolo de derrota, es la llave del Reino. Allí se despojan los reinos personales y las coronas del orgullo. Allí se desmontan los tronos del ego. Allí termina el yo y comienza el Cristo viviente. Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús no es una opción para unos pocos creyentes “más espirituales”, sino la condición misma del discipulado auténtico. Sin cruz no hay seguimiento; sin muerte al yo, no hay comunión verdadera con Él.

El misterio de la cruz no puede entenderse solo con la razón; necesita ser revelado por el Espíritu. Desde la

perspectiva humana, la cruz fue un instrumento de tortura, el lugar de la ignominia y del abandono. Pero desde la óptica de Dios, la cruz fue el altar donde el amor alcanzó su máxima expresión y donde el pecado fue derrotado. Lo que para el mundo fue escándalo y locura, para los llamados es poder de Dios (**1 Corintios 1:18**). Por eso, el creyente que lleva en su cuerpo la muerte de Jesús no camina bajo una filosofía de dolor, sino bajo una revelación de redención.

La cruz no fue el final de Cristo, sino el principio de una nueva creación. Y esa misma dinámica se reproduce en nosotros: cada vez que morimos a nuestra voluntad, algo nuevo nace dentro. Cada vez que rendimos el control, algo eterno germina. La cruz no solo marca el punto donde Cristo murió por nosotros, sino donde nosotros morimos con Él. En ella se encuentra el misterio del intercambio: su muerte por nuestra vida, su vergüenza por nuestra gloria, su obediencia por nuestra rebeldía.

Morir al yo no es un acto único, sino un proceso continuo de entrega. Es un morir cotidiano que se manifiesta en lo concreto: en las reacciones, en las palabras, en las decisiones silenciosas del alma. No hay cruz sin obediencia, ni obediencia sin cruz. Jesús mismo aprendió la obediencia por lo que padeció (**Hebreos 5:8**), y de la misma manera, nosotros aprendemos a obedecer muriendo al deseo de imponer nuestra propia voluntad.

El mayor enemigo del creyente no es el diablo, sino el “yo” no crucificado. La carne, cuando no es llevada a la cruz,

se convierte en el terreno fértil donde el enemigo siembra su semilla. Por eso, Pablo exhorta: ***“Haced morir lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5)***. No dijo “reprimirlo”, ni “controladlo”, sino “hacedlo morir”. Porque solo la cruz puede poner fin al dominio de la carne. El Espíritu Santo no puede llenar lo que el yo aún ocupa; no puede gobernar donde el ego sigue sentado.

El discipulado, entendido a la luz de la cruz, no es un llamado a la comodidad, sino a la renuncia. Jesús nunca prometió a sus seguidores una vida fácil, sino una vida crucificada. Él estableció la esencia del seguimiento cristiano. La cruz no era un símbolo religioso para sus oyentes, sino el instrumento de ejecución más temido. En otras palabras, Jesús los llamaba a una muerte voluntaria: a morir al yo, a los planes personales, a las ambiciones terrenales, a la necesidad de aprobación.

El verdadero discípulo no sigue a Cristo para mejorar su vida, sino para entregar su vida. En una cultura obsesionada con la autoafirmación, el mensaje de la cruz parece una locura, pero es precisamente en esa locura donde se esconde la sabiduría de Dios. La cruz no busca hacernos menos humanos, sino plenamente espirituales; no nos despoja de identidad, sino que nos devuelve la verdadera: aquella que está escondida con Cristo en Dios **(Colosenses 3:3)**.

El Señor no nos invita a un ascetismo estéril ni a un dolor innecesario, sino a un proceso donde el yo deja de ser

el centro. La cruz no niega la vida; la orienta. Nos enseña que la plenitud no se encuentra en poseer, sino en entregar. Por eso, los hombres y mujeres más fructíferos del Reino han sido aquellos que han muerto más profundamente. El grano de trigo, dijo Jesús, si no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (**Juan 12:24**).

Cada vez que elegimos la humildad sobre el orgullo, la obediencia sobre la independencia, el servicio sobre el reconocimiento, estamos participando del misterio de la cruz. Allí se forja el carácter del nuevo hombre. Porque la cruz no solo redime, también forma. Nos moldea conforme a la imagen del Hijo, nos enseña a amar como Él amó, a soportar como Él soportó, a obedecer como Él obedeció.

Pero la sociedad actual ha perdido la capacidad de valorar el sacrificio. El espíritu de este tiempo exalta la autoexpresión, la comodidad, el placer inmediato. En un mundo donde se predica la cultura del bienestar, hablar de morir al yo parece un mensaje arcaico. Sin embargo, el discipulado auténtico no puede construirse sobre los cimientos del ego. Cristo no vino a complacer al yo, sino a crucificarlo.

Muchos quieren el poder de la resurrección, pero pocos quieren la comunión con sus padecimientos (**Filipenses 3:10**). Y, sin embargo, es imposible conocer la gloria del Cristo resucitado sin pasar por el Gólgota del yo. El discipulado que evita la cruz produce creyentes superficiales, movidos por emociones y expectativas terrenales. Pero el

discipulado que abraza la cruz produce hijos maduros, capaces de reflejar el carácter de su Señor.

El misterio de la cruz consiste en que cuanto más mueres, más vives. Cuanto más renuncias, más posees. Cuanto más descienes, más alto te eleva Dios. La cruz invierte la lógica humana y revela la sabiduría divina. Cuando el yo se hace pequeño, Cristo se manifiesta grande. Cuando dejas de luchar por mantener tu propia vida, descubres que la verdadera vida te sostiene.

La cruz no es un símbolo de derrota, sino de transformación. En ella, el hombre viejo muere para que el nuevo hombre nazca. La cruz no solo trata con el pecado, trata con el yo que ama el pecado. Y cuando el creyente permite que la cruz haga su obra, experimenta algo más que perdón: experimenta liberación. La libertad no consiste en hacer lo que quiero, sino en no estar esclavo de mí mismo.

Morir a uno mismo es la mayor victoria que un hombre puede alcanzar. No hay enemigo más astuto ni más persistente que el propio ego. A veces el yo se disfraza de espiritualidad, de celo ministerial o de humildad aparente. Pero solo la cruz desenmascara sus disfraces. Solo la cruz puede destruir la raíz de la autosuficiencia y el orgullo. Por eso, quien lleva en el cuerpo la muerte de Jesús no lo hace con tristeza, sino con gozo. Sabe que la cruz no es el final, sino el comienzo de la manifestación de la vida nueva.

Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es una invitación a vivir crucificados con Él, pero también a aplicar la cruz espiritualmente, a dejar que su poder redentor penetre las capas más profundas de nuestro ser. La cruz no es solo el lugar donde Cristo murió, sino donde el creyente aprende a morir interiormente cada día. El Espíritu Santo aplica la cruz en los rincones ocultos del corazón, allí donde aún hay resistencia, donde el yo se aferra al control.

Aplicar la cruz espiritualmente significa permitir que el Espíritu nos confronte y nos transforme. Significa someter nuestras emociones, pensamientos y deseos a la autoridad de Cristo. En la práctica, esto se traduce en renunciar a la venganza cuando hemos sido heridos, en responder con amor cuando hemos sido rechazados, en permanecer fieles cuando todo en nosotros quiere desistir. Cada acto de rendición es un clavo más que sostiene al viejo hombre en la cruz, y un paso más hacia la manifestación del nuevo hombre.

La cruz no se aplica con violencia, sino con docilidad. No se impone desde afuera, sino que se abraza desde dentro. Dios no fuerza al creyente a morir; lo invita. Y solo el amor puede aceptar esa invitación. Por eso, quien ama verdaderamente al Señor no teme la cruz, la busca. No la busca por masoquismo, sino porque sabe que allí la vida de Cristo se manifiesta con poder. Cada vez que elegimos la obediencia sobre el orgullo, la paciencia sobre la reacción, el silencio sobre la defensa propia, la cruz está obrando.

Pablo había aprendido que la verdadera vida no consiste en afirmar el ego, sino en dejarlo morir para que Cristo reine. Su ministerio fue una escuela de muerte y resurrección diarias. Esa secuencia revela que la vida apostólica está marcada por una sucesión de muertes y resurrecciones, por un constante morir al yo para manifestar la vida de Jesús.

Morir cada día no es una consigna pesimista, sino una declaración de libertad. Cada muerte al yo nos libera de un tirano interior. Cada renuncia abre una puerta a la gracia. Cada rendición nos vuelve más semejantes al Cordero. Así se cumple el misterio del discipulado: mientras el yo muere, Cristo vive; mientras el alma se vacía, el Espíritu llena; mientras descendemos en humildad, somos elevados en gloria.

Quienes procuramos abrazar la cruz, no somos víctimas sino vencedores. Hemos entendido que la fuerza del Reino no se manifiesta en la autosuficiencia, sino en la dependencia de Dios. Llevar la cruz no es sinónimo de sufrimiento perpetuo, sino de transformación continua. Es el proceso mediante el cual el carácter de Cristo es impreso en nosotros como un sello indeleble.

Pero la Iglesia moderna, acostumbrada a los discursos de éxito y prosperidad, muchas veces teme hablar de muerte al yo. Sin embargo, sin cruz no hay discipulado verdadero. Sin muerte al yo, el cristianismo se vuelve superficial, centrado en la emoción y no en la transformación. Por eso el

Señor está llamando a su pueblo a volver al altar, a redescubrir el poder purificador de la cruz. No una cruz teórica, sino vivida. No una cruz colgada del cuello, sino clavada en el corazón.

Aplicar la cruz espiritualmente es decidir vivir crucificados al mundo (**Gálatas 6:14**). Es renunciar a los valores que este sistema impone: la competencia, el orgullo, el afán de poder, la búsqueda de reconocimiento. El discípulo maduro entiende que no puede servir a dos señores: no puede seguir a Cristo y al mismo tiempo alimentar el ego. Por eso, morir al yo no es una pérdida, sino una ganancia; no es una derrota, sino una coronación invisible.

Cuando aceptamos la cruz, el Espíritu Santo obra con poder. Dios no habita en el alma altiva, sino en el espíritu quebrantado. Cada vez que el yo muere, el cielo se acerca un poco más. Cada vez que cedemos nuestro derecho, Dios manifiesta Su Reino dentro de nosotros. Así, el misterio de la cruz se convierte en el lugar donde se revela la gloria de Dios en vasos de barro.

Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es el llamado más elevado y, a la vez, el más ignorado. Es el camino estrecho por donde solo pasan los que aman más a Cristo que a sí mismos. Pero al final de ese camino no hay vacío ni derrota, sino plenitud. Quien se atreve a morir con Él descubre la vida en su expresión más pura. Porque solo quien ha muerto verdaderamente puede vivir verdaderamente.

Morir al yo no es el fin de la historia, sino el preludio de la resurrección. Cada vez que nos rendimos ante la voluntad del Padre, se abre paso la vida eterna. Por eso, la muerte espiritual del yo no es una tragedia, es un nacimiento. El hombre viejo muere, y el nuevo hombre, creado según Dios en justicia y santidad de la verdad (**Efesios 4:24**), se levanta.

El tesoro que llevamos en vasos de barro no puede brillar si el barro no se quiebra. Dios no destruye el vaso; lo quiebra para manifestar su contenido. Y cuando el yo se derrumba, cuando la autosuficiencia cede, cuando la carne se rinde, entonces el tesoro resplandece. La cruz, por tanto, no es una carga que nos aplasta, sino una llave que nos libera. Es la puerta por donde pasa el alma para entrar en la plenitud de Cristo.

Así lo entendió Pablo, y así lo debe entender toda generación de creyentes que desee reflejar la gloria del Señor. La vida cristiana no consiste en huir del sufrimiento, sino en descubrir el propósito de Dios en medio de él. No consiste en evitar la cruz, sino en abrazarla hasta que el yo cese de resistir. Entonces, y solo entonces, la muerte de Jesús se vuelve nuestra muerte, y su vida, nuestra vida.

Llevar en el cuerpo la muerte de Jesús es, en definitiva, vivir crucificados entre dos mundos: morir al viejo y renacer en el nuevo. Es el camino de los que aman, de los que obedecen, de los que han comprendido que no hay otra forma de manifestar la gloria de Cristo sino a través de una vida

rendida. Por eso, la cruz no es un evento del pasado, sino una experiencia presente; no un símbolo de dolor, sino una declaración de amor eterno.

“En efecto, si hemos estado unidos con él en una muerte como la suya, sin duda también estaremos unidos con él en su resurrección. Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado.”

Romanos 6:5 y 6



Capítulo siete

LA VIDA DE JESÚS MANIFESTADA

***“Para que también la vida de Jesús se manifieste en
nuestros cuerpos.”***

2 Corintios 4:10

La vida cristiana es, por su esencia, la manifestación de Cristo en nosotros. La paradoja del evangelio nos enseña que solo a través de la muerte se revela la verdadera vida. Así como la semilla debe morir para dar fruto, el creyente que se entrega a Cristo experimenta una transformación interna que se refleja externamente. La cruz no solo nos redime, sino que también nos capacita para reflejar la vida de Jesús en nuestro comportamiento, decisiones y relaciones.

El misterio del evangelio no solo anuncia que Jesús murió y resucitó, sino que su muerte y su resurrección siguen obrando hoy en los que le pertenecemos. No se trata de una historia pasada, sino de una vida presente: una dinámica espiritual que continúa encarnándose en la Iglesia, ese cuerpo frágil que lleva dentro un tesoro eterno. Cada creyente es, en

su debilidad, un espacio donde el cielo sigue mostrando su poder.

Esto es lo que considero una paradoja profunda y desconcertante: Que la vida de Cristo se revela únicamente a través de la muerte. No hay otro camino. Dios escogió el camino del quebranto para que Su gloria no se confunda con la autosuficiencia humana. Por eso, la vida de resurrección no es el resultado de evitar la cruz, sino de abrazarla. El hombre viejo busca sobrevivir; el hombre nuevo aprende a morir para vivir. Jesús mismo estableció este principio con la claridad de una semilla:

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”

Juan 12:24

En este pasaje, Cristo no solo habló de Su muerte, sino del modelo eterno que regirá a todo aquel que quiera manifestar su vida. En el Reino, el fruto solo brota del terreno donde el “yo” ha sido sepultado. La vida que Él comunica no florece en los espacios de orgullo, ni en los intentos de preservar nuestra reputación, sino en los lugares donde hemos renunciado a sostener nuestra propia fuerza.

Cómo vimos en el capítulo anterior, cuando Pablo dice: ***“llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús”***, no se refiere a un recuerdo simbólico, sino a una experiencia diaria de rendición. Es una muerte que se repite en pequeñas

entregas cotidianas: en el perdón que cuesta, en el servicio que nadie aplaude, en la perseverancia ante el sufrimiento. Es morir a la necesidad de ser comprendido, a la ansiedad de ser reconocido, a la tentación de controlar. En ese proceso silencioso, la vida de Cristo se abre paso como una corriente subterránea que atraviesa el barro y produce algo que no puede provenir de nosotros.

La vida de resurrección es más que una promesa futura; es un poder presente. Pablo lo expresa en **Filipenses 3:10**: *“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte.”*

El poder de su resurrección no es una energía abstracta, sino la presencia activa del Espíritu Santo reproduciendo en nosotros la victoria de Cristo sobre el pecado, el temor y la desesperanza. Ese poder no se revela en momentos de éxito, sino en los contextos donde la debilidad humana queda expuesta. Cuanto más conscientes somos de nuestra fragilidad, más espacio hay para que Su poder se manifieste **(2 Corintios 12:9)**.

Por eso, la fe cristiana no consiste en escapar del dolor, sino en transfigurarlos. En las manos de Dios, la herida no es un signo de derrota, sino un canal para la vida. Lo que el mundo llama fracaso, el cielo lo llama semilla. Lo que parece pérdida, se transforma en ganancia eterna. De este modo, el creyente aprende que la cruz no es el final, sino la puerta; no

es una tumba, sino un umbral donde la muerte del yo abre camino a la plenitud del Cristo resucitado.

Aquí se revela el tesoro que habita en el vaso de barro: Cristo mismo, el Nuevo Hombre glorioso, viviendo dentro de nosotros. No un ideal moral, sino una realidad espiritual que transforma la naturaleza humana desde adentro. “***Cristo en vosotros, la esperanza de gloria***” (Colosenses 1:27). Esta es la gloria del Nuevo Pacto: no una ley externa, sino una vida interna; no un esfuerzo humano, sino una presencia divina.

El barro no es eliminado, sino habitado. Dios no destruye el vaso; lo llena. No descarta nuestra humanidad, sino que la redime, la usa como instrumento para manifestar su gloria. Así, lo que somos por naturaleza, frágiles, limitados, temporales, se convierte en el escenario donde se manifiesta lo eterno. El cuerpo, con sus debilidades y dolores, es ahora templo de la resurrección, lugar donde la historia del Hijo continúa revelándose.

De esta manera, cada vez que un creyente responde con amor donde antes habría resentimiento, cada vez que ora en medio del cansancio, o adora en medio de la pérdida, está manifestando la vida de Jesús en su cuerpo mortal. Es allí donde el Reino se hace visible: no en los palacios del poder, sino en los corazones quebrantados que se niegan a rendirse a la oscuridad.

En **2 Corintios 4:11**, se revela el secreto de los santos: Que vivimos muriendo, y morimos viviendo. En nosotros, la

historia de Cristo sigue encarnándose, y el mundo puede ver a través de nuestro quebranto la luz del Evangelio.

El diseño de Dios nunca fue individualista. Desde el principio, el propósito eterno del Padre no se centró en formar creyentes aislados, sino en manifestar un Nuevo Hombre corporativo (**Efesios 2:15**). Este Nuevo Hombre es Cristo expresándose colectivamente en Su Iglesia: un cuerpo formado por muchos miembros, pero animado por una sola vida. Cada creyente es un miembro de ese organismo espiritual donde la vida del Resucitado se multiplica, se comparte y se hace visible al mundo.

El misterio que Pablo describe no es el de un Cristo interior solo para la devoción personal, sino el de un Cristo que se manifiesta en comunión. El tesoro no fue depositado en un solo vaso, sino en una multitud de vasos de barro que, unidos por el Espíritu, revelan diferentes facetas de una misma gloria. Por eso, el apóstol dice: ***“vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”*** (**1 Corintios 12:27**). La plenitud de Cristo no puede ser contenida en un individuo; se necesita la comunidad de los redimidos para expresar la amplitud, la longitud, la profundidad y la altura de Su amor (**Efesios 3:18**).

Este diseño divino nos confronta con una verdad espiritual: no podemos manifestar plenamente la vida de Jesús si no aprendemos a morir al individualismo. El ego espiritual, disfrazado de independencia o autosuficiencia ministerial, es uno de los mayores enemigos de la comunión.

En el cuerpo de Cristo, la vida fluye solo donde el yo deja de imponerse. Allí donde el orgullo se resiste, la corriente se interrumpe. Por eso el apóstol exhorta: ***“Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”*** (Efesios 4:2).

El Espíritu Santo no busca reproducir muchas vidas diferentes, sino una sola: la vida de Cristo. Cada miembro expresa un aspecto de Su carácter, pero todos comparten la misma esencia: la obediencia al Padre, la dependencia del Espíritu y la entrega por amor. En este sentido, la santidad, aunque profundamente personal, nunca es privada. La verdadera santidad siempre se vive en relación. Ser santos es vivir separados del pecado, pero unidos a Cristo y a Su cuerpo.

Morir al yo es, entonces, una forma de amar. Es ceder para que otro viva, callar para que otro sea escuchado, servir sin esperar reconocimiento. Es permitir que la vida de Cristo circule a través de nosotros hacia los demás. Cada vez que renunciamos a una reacción egoísta, abrimos un canal para que la gracia fluya por el cuerpo. Así, la Iglesia no crece por estrategias humanas, sino por la circulación de la vida divina entre sus miembros.

Esta dinámica fue evidente en la Iglesia primitiva. No tenían templos fastuosos ni recursos extraordinarios, pero poseían algo que el mundo no podía imitar: una comunión vivificante. ***“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma”*** (Hechos 4:32). Esa unidad no era un

acuerdo superficial, sino el fruto de un mismo Espíritu obrando en vasos dispuestos a morir al orgullo y a la ambición personal.

El testimonio de la vida de Jesús no se mide solo por las palabras que proclamamos, sino por la calidad de nuestra comunión. Un mundo herido por la división necesita ver una Iglesia reconciliada, una comunidad donde las diferencias no destruyan, sino que se conviertan en instrumentos de gracia. Cuando los creyentes aprenden a preferirse unos a otros en amor (**Romanos 12:10**), la vida de Cristo se hace visible en medio de ellos.

La santidad, entonces, deja de ser un ejercicio individual de disciplina moral para convertirse en un estilo de vida comunitario. Ser santos no es aislarse, sino vivir de manera tal que la pureza del Espíritu transforme nuestras relaciones. Es cuidar lo que decimos, cómo tratamos a los demás, cómo respondemos ante la injusticia o el agravio. En todo ello, el cuerpo manifiesta la naturaleza del Cristo que lo habita.

Por eso, cuando uno sufre, todos participan; cuando uno se alegra, todos se gozan (**1 Corintios 12:26**). En ese intercambio de cargas y consuelos, la vida del Resucitado se expande. El barro del hermano sostiene al barro del otro, y el tesoro del uno alimenta al tesoro del otro. Así, el cuerpo se edifica en amor, y el mundo percibe una presencia distinta, una atmósfera santa que no proviene de técnicas, sino de la vida manifestada.

Morir al yo en la comunidad es una de las pruebas más profundas de madurez espiritual. No se trata de perder la personalidad, sino de permitir que Cristo gobierne nuestras reacciones. La vida de Jesús no se manifiesta en la autoafirmación, sino en la entrega; no en la imposición, sino en el servicio; no en la defensa del propio derecho, sino en la renuncia voluntaria. Esta es la paradoja del Reino: cuanto más nos vaciamos, más llenos de Su vida nos volvemos.

De ahí que el apóstol Pablo exprese con gozo: ***“Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Estas palabras no describen una experiencia mística inalcanzable, sino la realidad de todo aquel que permite que la muerte de Jesús opere en su interior. El yo crucificado da lugar al Cristo resucitado, y ese milagro no ocurre en soledad, sino en el contexto de la comunión donde aprendemos a amar, perdonar y servir.

Cuando la Iglesia vive así, el mundo ve algo que trasciende la religión: “La presencia”. No solo palabras sobre Jesús, sino la vida de Jesús manifestada en los cuerpos de hombres y mujeres comunes, en su ternura, en su paciencia, en su manera de sufrir y esperar. En medio de una cultura centrada en el ego y la autopromoción, la Iglesia se convierte en una contracultura del Reino, un testimonio vivo de que existe una vida más alta, una gloria que habita dentro del barro.

Cuando la vida de Jesús se manifiesta en nuestros cuerpos, el mundo ya no ve simplemente a hombres y

mujeres religiosos, sino a Cristo mismo caminando otra vez entre los hombres. Ese es el misterio más sublime del evangelio: el Hijo sigue revelándose, no desde el cielo lejano, sino a través de cuerpos redimidos, cansados, pero llenos del Espíritu. Somos la continuación de Su encarnación, no por mérito, sino por gracia.

El testimonio más poderoso de la Iglesia no proviene de sus estructuras, ni de su erudición, ni siquiera de sus milagros visibles, sino de la vida de Jesús manifestada en la fragilidad humana. La gente puede discutir nuestros argumentos, pero no puede negar una vida transformada. Cuando un corazón perdona lo imperdonable, cuando alguien sirve con gozo en medio del dolor, cuando la esperanza se mantiene viva en la oscuridad, el mundo se enfrenta a una realidad que no puede explicar: “Cristo vive”.

Así se cumple lo que el apóstol declaró: ***“De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida” (2 Corintios 4:12)***. Cada vez que somos capaces de morir a nosotros mismos, alguien recibirá la vida. La Iglesia crece cuando algunos están dispuestos a entregar su comodidad, su tiempo y aun su reputación para que la gloria de Cristo alcance a otros. El poder del testimonio no radica en el brillo personal, sino en el resplandor de una vida que ha sido consumida por el fuego del amor divino.

El tesoro de Su presencia es lo que hace que todo valga la pena. No hay riqueza comparable al privilegio de tener a Cristo morando en nuestro interior. En tiempos antiguos, la

gloria de Dios descendía sobre el tabernáculo y más tarde sobre el templo de Jerusalén; pero hoy habita en nuestros corazones. Somos morada del Altísimo, santuario del Espíritu. Este es el mayor milagro: el Dios eterno decidió morar en vasos de barro, y esa presencia nos transforma lentamente hasta hacernos semejantes a Él.

El poder del Reino no se impone desde afuera; se irradia desde dentro. Es el resplandor silencioso de una vida en comunión con Cristo, el perfume que brota del quebranto. Donde hay comunión con el Espíritu, hay expansión. La vida de Jesús manifestada en los santos es la semilla de toda obra misionera, la fuerza que impulsa la predicación, el amor que sostiene la Iglesia, la luz que disipa las tinieblas.

El Reino de Dios se extiende no solo por los que hablan de Él, sino por los que lo encarnan. Cada acto de obediencia, cada gesto de misericordia, cada lágrima derramada en secreto por amor a las almas, contribuye al avance de ese Reino eterno. En cada vaso de barro rendido, Cristo encuentra un canal para derramar Su gloria sobre la tierra. La historia de la Iglesia no se explica por la estrategia, sino por la presencia.

El Nuevo Hombre en Cristo no es una utopía, sino una realidad en proceso. En la medida en que la Iglesia permite que la vida de Jesús se manifieste, las relaciones humanas comienzan a ser restauradas, la justicia se establece, la cultura se transforma, y el mundo percibe el olor del Reino. Allí donde el amor sustituye la competencia, y la humildad

vence al orgullo, el cielo se abre y la tierra reconoce que Dios habita entre los hombres.

El testimonio de la vida manifestada no consiste solo en palabras o en obras externas, sino en una atmósfera espiritual: un modo de vivir, servir y sufrir que revela la compasión del Cordero. En los momentos más oscuros, cuando la esperanza humana se extingue, el creyente que lleva en su cuerpo la vida de Jesús se convierte en un faro. No porque brille por sí mismo, sino porque la luz del Cristo resucitado irradia a través de sus grietas.

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:16

Esta luz no se fabrica: se manifiesta. Brota del contacto íntimo con el Espíritu y del ejercicio constante de morir al yo. La vida del creyente se convierte así en una predicación silenciosa, una epístola viva, una llama que revela el carácter de Aquel que venció a la muerte.

Pero el tesoro que hoy portamos es solo un anticipo de la gloria futura. Lo que ahora se manifiesta en debilidad será un día revelado en poder. Pablo lo expresó con esperanza: ***“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”*** (Romanos 8:11).

Esta es la esperanza escatológica de los vasos de barro: que un día seremos transformados en vasos incorruptibles. Lo que hoy parece frágil y pasajero será revestido de inmortalidad. Entonces la vida de Jesús no solo se manifestará espiritualmente, sino también visiblemente, cuando nuestros cuerpos sean glorificados y reflejen plenamente Su imagen.

“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”

Colosenses 3:4

Hasta ese día, vivimos en tensión entre lo temporal y lo eterno, entre el barro y la gloria. Pero en esa tensión se manifiesta la fidelidad de Dios, porque el tesoro no abandona al vaso. Su presencia sostiene, Su Espíritu renueva, Su poder perfecciona la debilidad. Y mientras tanto, la Iglesia, cuerpo del Cristo viviente, camina como testigo del Reino venidero, mostrando hoy la vida que un día llenará toda la creación.

Vivir así es anticipar la plenitud del Reino que será manifestada en Su venida. Es vivir con los ojos puestos en la eternidad, pero con los pies firmes en la tierra. Es permitir que el cielo se exprese en lo cotidiano, que la esperanza futura modele las decisiones presentes. Cada oración, cada sacrificio, cada acto de fidelidad se convierte en un eco de la resurrección, una semilla del mundo nuevo que viene.

Cuando la vida de Jesús se manifiesta en nuestros cuerpos, el Reino se hace visible aquí y ahora. Y el barro,

antes despreciado, se convierte en el recipiente escogido por Dios para revelar Su gloria. No hay mayor honra para una criatura que ser portadora del Creador.

“Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.”

Romanos 8:21 al 23



EPÍLOGO

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.”

2 Corintios 4:7 al 10

El tesoro que llevamos en vasos de barro es un misterio que trasciende nuestra comprensión natural. No es un poder que podamos fabricar, ni un logro humano que podamos ostentar; es la gloria de Cristo, la vida del Reino, el evangelio del Nuevo Pacto que habita en nuestra humanidad frágil y limitada. Cada vaso, aunque quebrantable, guarda un valor eterno que nadie puede destruir, un tesoro que permanece intacto a pesar de las pruebas, las caídas, la persecución y la debilidad humana.

El barro ha cumplido su propósito. No fue creado para brillar por sí mismo, sino para contener. No fue elegido por su belleza, sino por su capacidad de ser moldeado. Así también somos nosotros: criaturas frágiles que han sido tocadas por una gloria que no les pertenece, pero que las

habita. La historia del creyente no es la exaltación del vaso, sino la revelación del Tesoro.

A lo largo de este recorrido, hemos contemplado el misterio de la paradoja divina: Dios escogió lo débil para manifestar lo eterno. En la economía del Reino, la debilidad no es una desgracia, sino una invitación. Las grietas no son defectos que deben ocultarse, sino espacios por donde la luz se escapa. Aquello que el mundo desprecia, Dios lo convierte en instrumento. Así, cada herida redimida se transforma en una ventana de Su gracia, cada lágrima en un río de gloria.

El barro que reconoce su fragilidad deja de temer a la presión del Alfarero. Entiende que los golpes y los hornos de prueba no son castigos, sino procesos de amor. Solo el fuego puede sellar lo que fue moldeado por las manos divinas. Solo en el quebranto se fija la forma que el Maestro ha querido. Por eso, cuando la vida aprieta, el alma que conoce a Cristo ya no pregunta “¿por qué?”, sino ¿Cuál es el propósito?”. Porque ha aprendido que el dolor, en las manos de Dios, no destruyen, sino que revelan.

Cada página de este libro nos ha llevado a mirar la vida de Cristo como la joya escondida en la vasija de la existencia humana. Hemos visto Su luz brillando en la oscuridad de las pruebas, Su gracia levantando lo que parecía perdido, Su poder perfeccionándose en lo que el mundo llama fracaso. Hemos comprendido que el evangelio no es la historia del hombre que alcanza a Dios, sino la de Dios que decide habitar en el hombre.

El barro, por sí solo, se desmorona; pero con el Tesoro dentro, se convierte en testimonio. Y ese testimonio no consiste en demostrar fuerza, sino en encarnar la vida de Aquel que murió y resucitó. La gloria de Cristo no se mide por nuestra perfección, ni por nuestra fortaleza, sino por Su permanencia. Cuando todo lo demás se rompe y Él permanece, el vaso ha cumplido su propósito.

El creyente que lleva el tesoro en su interior aprende a vivir desde otra conciencia: la del Reino. Ya no vive desde la escasez, sino desde la plenitud; ya no desde la autopreservación, sino desde la entrega; ya no desde la vanagloria, sino desde la humildad. Entiende que su valor no está en su forma, sino en su contenido. No teme ser quebrado, porque sabe que la vida que porta no puede ser destruida.

En un mundo que idolatra la imagen y desprecia la fragilidad, la Iglesia está llamada a ser una contradicción santa: una comunidad que no disimula sus grietas, sino que las presenta como testimonio del amor que restaura. Cada creyente se convierte en una parábola viviente del poder de la gracia. Donde hubo orgullo, ahora hay mansedumbre; donde hubo desesperanza, ahora hay fe; donde hubo tinieblas, ahora hay luz. Y esa transformación silenciosa, más que cualquier discurso intelectual, es el verdadero mensaje del evangelio del Reino.

El vaso de barro que se rinde al Alfarero deja de ser recipiente y se convierte en instrumento del Reino. Sus palabras, su servicio, su sufrimiento y su gozo se vuelven

canales por los que la vida de Cristo fluye hacia otros. Así, la fragilidad humana se convierte en plataforma de la gloria divina. Al igual que Pablo, nosotros podemos decir: *“Nada tengo, pero lo poseo todo...”* Nuestra riqueza no se mide por lo que poseemos, sino por Aquel que nos posee.

La vida cristiana es, en esencia, una continua entrega del vaso para que el Tesoro se exprese. Cada día es un acto de rendición: menos de mí, más de Él. El yo se desvanece para que el Cristo resucitado tenga forma en nosotros. Y en ese proceso, nuestra historia se convierte en un relato vivo del poder de la gracia. No hay testimonio más puro que una vida que, sin buscar protagonismo, refleja la humildad del Cordero.

El Reino de Dios avanza no por los perfectos, sino por los quebrantados. Ellos son los que entienden que el barro no es una limitación, sino una vocación. Que ser barro es tener el privilegio de ser tocado, moldeado y llenado por el Espíritu. Y que la verdadera gloria no consiste en ser admirado, sino en ser habitado por Cristo.

Hay un día que se aproxima silenciosamente. Un día en que todo lo que hemos llevado en vasijas frágiles será revelado en plenitud. El apóstol lo expresó con palabras de eternidad: ***“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria” (Colosenses 3:4).*** Ese será el instante en que el tesoro que hemos cargado con lágrimas, con fidelidad y con perseverancia, finalmente resplandezca sin el límite del

barro, sin el peso del cansancio, sin la sombra del sufrimiento.

Hasta entonces, seguimos caminando con el barro de nuestra humanidad, conscientes de que la gloria no ha sido dada para ser guardada, sino para ser compartida. La vida de Jesús en nosotros no es una idea ni un recuerdo: es una realidad viva que nos transforma, nos sostiene y nos impulsa. Él no mora en templos hechos por manos humanas, sino en hombres y mujeres regenerados por Su Espíritu, en comunidades donde el amor y la verdad se besan, y donde el dolor se convierte en ofrenda.

Porque cada vez que servimos en silencio, que perdonamos sin ser comprendidos, que soportamos la prueba sin perder la fe, el tesoro se manifiesta. No hay escenario más glorioso que una vida ordinaria habitada por la presencia extraordinaria de Cristo. No hay predicación más elocuente que un corazón quebrantado que sigue amando, ni testimonio más puro que el de un creyente que, aun herido, sigue reflejando a su Señor.

El Reino de Dios sigue avanzando a través de vasos que se agrietan, pero no se rompen; que sangran, pero no se rinden. Porque en cada fisura, la luz del Tesoro se escapa para iluminar a otros. En cada herida que llevamos por causa de Cristo, el mundo puede ver un destello de resurrección. Esa es la paradoja gloriosa del Evangelio: la vida se manifiesta en medio de la muerte, la esperanza brilla entre las ruinas, y el Reino florece donde nuestro yo muere.

Los que hemos aprendido a valorar este tesoro sabemos que no somos los protagonistas de la historia. Somos portadores, no poseedores. Somos custodios, no creadores, somos administradores de esta gracia extraordinaria. Pero ese humilde papel nos llena de propósito. Porque aunque el barro sea frágil, el Tesoro es eterno. Aunque nuestra voz se apague con los años, la Palabra que llevamos no cesará de multiplicarse. Aunque los nombres humanos se olviden, Cristo sigue siendo anunciado.

Y así, mientras el tiempo corre hacia su consumación, seguimos caminando con esperanza. Sabemos que llegará el día en que el barro se desintegre y solo quede el Tesoro; el día en que los vasos que hoy parecen quebrados serán restaurados con incorruptible esplendor. Ese día, todo lo que hemos soportado por causa del Evangelio será interpretado a la luz de la gloria eterna. Entonces comprenderemos que cada lágrima tenía sentido, que cada renuncia fue semilla, y que cada herida fue camino hacia una comunión más profunda con Él.

Hasta ese día, nuestra tarea es simple y sagrada: manifestar la vida de Jesús en todo. Mostrarlo en el hablar y en el callar, en el servir y en el sufrir, en la abundancia y en la escasez. Vivir como quienes han sido comprados, sellados y enviados. Porque el mundo no necesita vasos perfectos, sino vasos disponibles; no necesita cuerpos sin cicatrices, sino vidas donde se vea la marca del Amor crucificado.

Cuando el Tesoro sea plenamente revelado, los que hemos llevado la muerte de Jesús en nuestro cuerpo seremos transformados a Su imagen. La vasija se hará una con la gloria que contiene, y el barro dejará de ser símbolo de debilidad para ser testigo eterno de la fidelidad divina. Entonces, la creación entera verá lo que siempre estuvo escondido en el barro: la vida de Cristo resplandeciendo en nosotros, la gloria de Dios habitando en los hombres. Y allí, ante el rostro del Tesoro mismo, entenderemos por qué valió la pena gastarse para Dios.

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”

1 Corintios 15:53 al 55

Oración final:

Padre Eterno, te damos gracias por el Señor Jesús, nuestro Tesoro eterno... Gracias por habitar en nuestra fragilidad, por no desdeñar el polvo del que fuimos formados, sino hacerlo tu morada escogida. Nos asombra que hayas decidido manifestar Tu gloria en cuerpos tan limitados, pero ese misterio nos recuerda que todo lo valioso que brilla en nosotros proviene solo de Ti...

Te confesamos, Señor, que muchas veces el peso del barro nos desalienta. A veces sentimos que la vasija se agrieta, que el cansancio nos supera, o que la vida nos derriba. Pero aun en esas horas, Tu Espíritu nos recuerda que la debilidad no es derrota, sino el lugar donde Tu poder se perfecciona. Gracias por enseñarnos que la cruz no es el final, sino el umbral donde comienza la vida verdadera...

Haznos fieles portadores de Tu Tesoro. Que donde haya oscuridad, llevemos Tu luz; donde haya tristeza, Tu consuelo; y donde haya muerte, Tu vida. Permítenos vivir cada día, conscientes de Tu presencia en nosotros, manifestando Tu carácter en nuestras palabras, decisiones y gestos. Que el mundo vea en nosotros no la fuerza del barro, sino el resplandor de Tu gloria...

Danos humildad para aceptar las fisuras que Tú usas para dejar salir la luz. Danos gracia para morir al yo cada día, para que solo Tu vida se vea. Que la Iglesia, cuerpo del

*Nuevo Hombre, sea un vaso unido en amor, santo y vivo,
donde Tu Reino se haga visible...*

*Y cuando lleguen las horas difíciles, cuando la vasija tiemble
o el fuego pruebe nuestra fe, recuérdanos que Tú estás dentro
de nosotros, que el Tesoro no se quiebra, que la gloria no se
extingue. Hasta que llegue el día, Señor, en que el barro se
rinda ante la luz y seamos transformados en vasos
incorruptibles, hechos a tu semejanza...*

*Entonces, todo lo que hoy creemos por fe lo veremos cara a
cara. Todo lo que llevamos oculto en debilidad
resplandecerá en gloria. Y Tú, Padre amado, serás todo en
todos... ¡Amén!*



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

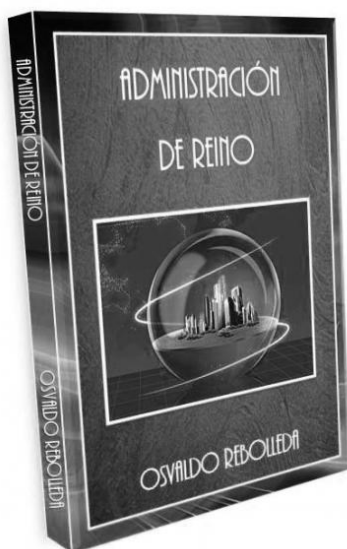
Doctorado Honoris Causa en Divinidades de

La Universidad teológica de Estados Unidos.

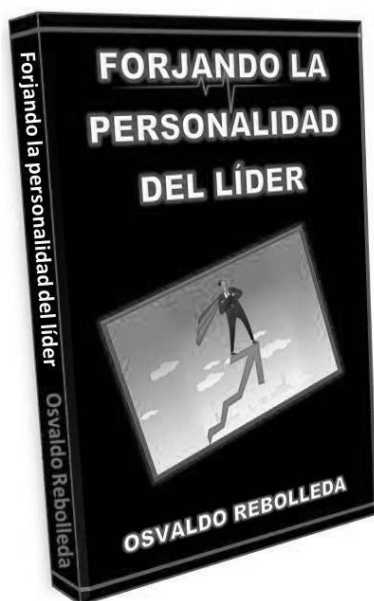
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

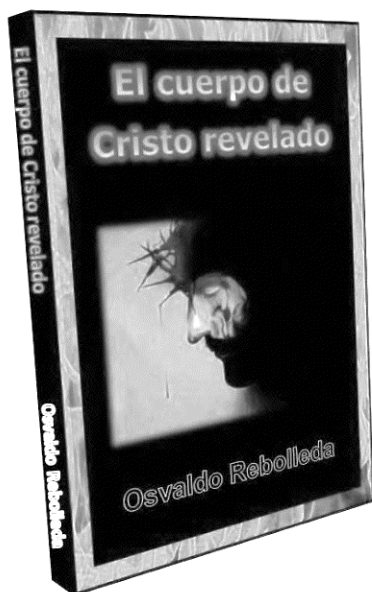
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

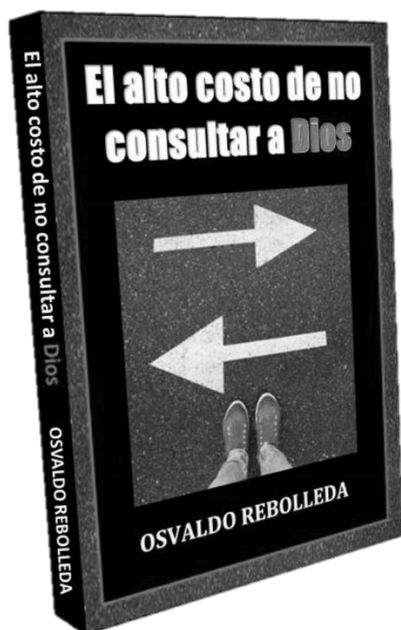


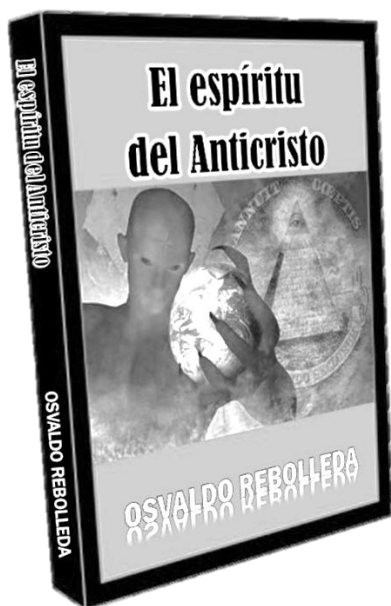
www.osvaldorebolleda.com



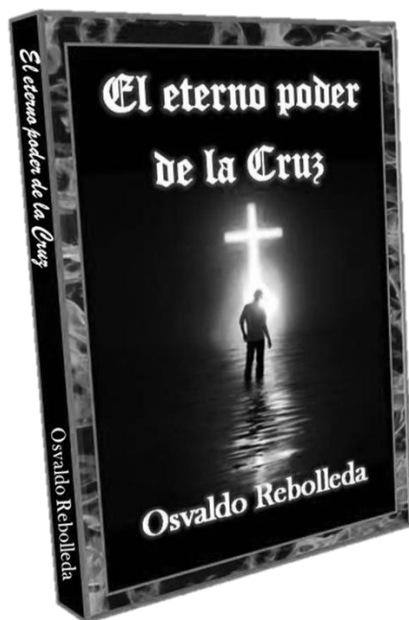
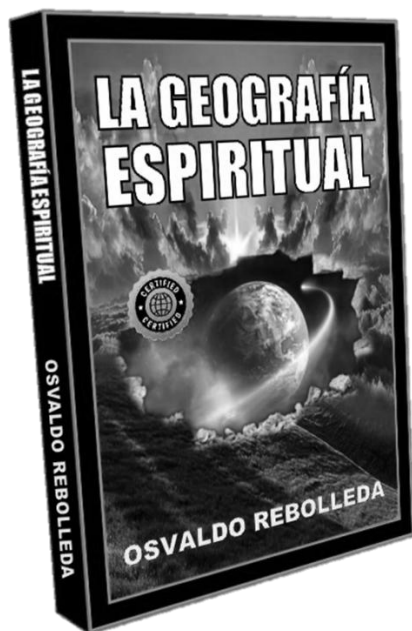


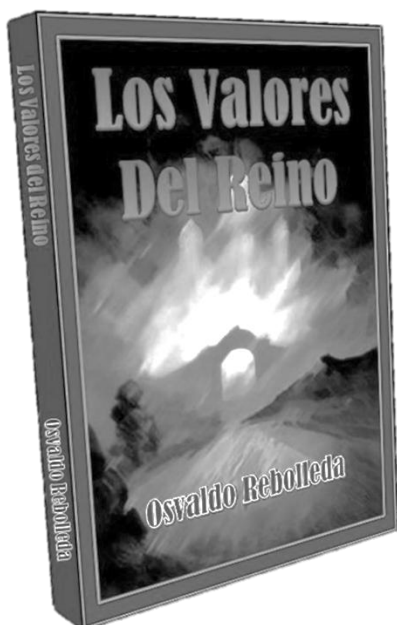
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

